

Unicuique suum



Non praevalent

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN EN LENGUA ESPAÑOLA

África recibe al Papa León



Sumario

EDITORIALES

África, tierra antigua y joven, que corre hacia el futuro Andrea Monda en ..páginas 3-4

VIAJE AL CONTINENTE AFRICANO

Visita del Papa a Argelia. León XIV en “Ma Maison”, donde la fragilidad se convierte en esperanza SILVINA PÉREZ enpágina 6

Inspirar deseos de reconciliación allí donde las divisiones siembran dolor en .páginas 7-9

Visita del Papa a Camerún. León XIV a Duala trae consuelo y ánimo para continuar la misión ROCÍO LANCHO GARCÍA en página II

Encuentro con el mundo universitario en la Universidad Católica de África Central en Yaundé en páginas 12-15

Visita del Papa a Angola.
En el vuelo de Luanda a Malabo SALVATORE CERNUZIO en páginas 17-18

Misa en Kilamba. La homilía del Pontífice en páginas 19-20

Visita del Papa a Guinea Ecuatorial. La universidad como forma de verdad y destino del hombre SILVINA PEREZ en páginas 22-23

En la prisión de Bata. A pesar de los errores y los sufrimientos, todos somos valiosos para Dios en páginas 24-25

Obras Misionales Pontificias La red que sostiene la misión en África ROCÍO LACHO GARCÍA enpáginas 26-28

EN RECUERDO DEL PAPA FRANCISCO

Santa María la Mayor recuerda a Francisco en el primer aniversario de su fallecimiento LORENA PACHO en páginas 30-32

NOTICIAS VATICANO

85 mil personas celebran la Resurrección en la madrileña plaza de Cibeles ROCÍO LANCHO GARCÍA ENPÁGINAS 34-35

VIAJE DEL PAPA A ESPAÑA

Intervenciones en páginas 36-58



L'OSSERVATORE ROMANO

Edición
en lengua española

Director editorial
ANDREA TORNIELLI

Director
ANDREA MONDA

Encargada de edición
SILVINA PÉREZ

Edición
ROCÍO LANCHO GARCÍA
ARTURO LÓPEZ RAMÍREZ
LORENA PACHO PEDROCHE

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va
Servicio fotográfico
teléfono +39 06 698 45851/45852
e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va
www.photo.vaticanmedia.va
Suscripción anual: 40 €
Departamento de suscripciones
(de 9:00 a 14:00)
Teléfono: 06 698 45450/45451/45454
e-mail: info.or@spc.va – diffusione.or@spc.va

África, tierra antigua y joven, que corre hacia el futuro

ANDREA MONDA

Cuando viajas de Roma o de lo que llamamos correctamente, pero también orgullosamente, con la inicial mayúscula, Occidente, y vas a África, la sensación es la de hacer un viaje en el tiempo porque el presente desaparece y te encuentras, contemporáneamente, en el pasado y en el futuro. Se desvanece ese presente al que estamos ata-

casas como la tierra roja rodea e invade las calles asfaltadas para la ocasión del viaje papal. Allí sentí que estaba en el corazón, en las vísceras de la gran Madre, como canta con tristeza el cantante Tom Russell: Oh África, Madre África / Pesos fuertes en mi pecho / Vieja cuna de la civilización / Corazón de tiniebla [...] Después cierro los ojos / y veo esas calles de arcilla roja / Es el ocaso y



dos y nos asfixia en obediencia de la religión del “todo, aquí y ahora”, llevando al olvido del pasado y a la indiferencia del futuro. Todo esto desaparece.

El presente en África es insostenible, te golpea como un puño en el estómago. Pero está el pasado, no tanto porque parece que viajas hacia décadas atrás o incluso siglos, sino porque sientes que aquí están las raíces, los orígenes. Lo sentí en Camerún y en Angola, en esa jungla que rodea las

chicos, yo me voy».

El presente en África pesa fuerte en el pecho, o debería hacerlo, si ese pecho custodia todavía un corazón. Y con el pasado está también el futuro. No es solo tierra Madre África, el antiguo origen, sino que es también Hija, tierra joven, tierra niña. La edad media en algunos de los países tocados por la visita del Papa es en torno a los 18 años. Y se ve: a lo largo de las calles el número de niños es impresionante. En la homilía en Mongomo en

Guinea Ecuatorial el 22 de abril el Papa tocó el punto crucial del futuro y lo expresó con palabras fuertes y claras: «y quizá precisamente este sea hoy el hambre mayor: hay hambre de futuro, pero de un futuro habitado por la esperanza, que pueda generar una nueva justicia, que pueda dar frutos de paz y fraternidad. Y no se trata de un futuro desconocido, que debemos esperar de forma pasiva, sino de un porvenir que precisamente nosotros, con la gracia de Dios, estamos llamados a construir. El futuro de Guinea pasa por las decisiones que ustedes toman; está confiado a su sentido de la responsabilidad y al compromiso compartido de custodiar la vida y la dignidad de cada persona».

Entre las miles de imágenes que han acompañado estos diez días de viaje de León XIV en África hay una de Angola, muy breve, que permanece viva en la memoria (también gracias al vídeo que rápidamente los trabajadores de Vatican Media realizaron): es la carrera de un niño, muy rápido, que sigue durante cientos de metros, al lado y en ocasiones casi superando el coche del Papa. Es solo uno de los muchos niños que hicieron esto, con espíritu de alegría.

En África se corre, sin zapatillas, sin chándal, sin nada. ¡Y a qué velocidad! ¿Por qué un hombre, un niño, corre? Puede haber un motivo sobre los hombros, una fuente de miedo; un motivo en el corazón, una fuente de angustia, de desesperación; pero puede haber un motivo que desde el corazón impulsa hacia adelante: y es la fuente de una alegría poderosa, incontenible. Pensemos en las carreras de los discípulos impulsados por la noticia de la resurrección, hombres que se olvidan «de lo que queda atrás» que corren lanzándose «hacia lo que está por delante» (Fil 3,13). También en ese lugar que llamamos Occidente alguno corre, normalmente por motivos de fitness, para mantenerse en forma. Quizá para muchos en África hace falta tiempo antes de que se creen las condiciones para que alguien sienta la necesidad de correr por esos motivos. Pero la pregunta más urgente es la opuesta: ¿cuánto tiempo será necesario para que en Occidente se vuelva a correr para expresar esa alegría incontenible?



Viaje a Argelia, Camerún, Angola y Guinea Ecuatorial



León XIV en “Ma Maison”, donde la fragilidad se convierte en esperanza

No hay escenario institucional ni grandes discursos programáticos. En la residencia de ancianos “Ma Maison”, el viaje apostólico de León XIV encuentra uno de sus momentos más despojados y, por eso mismo, más reveladores.

SILVINA PEREZ

El Pontífice ha querido situarse allí donde la Iglesia no habla desde las estructuras, sino desde la proximidad, entre religiosas, ancianos y personal de servicio, comenzando su saludo con un “Assalamu alaykum” y dirigiéndose a los presentes como “queridas religiosas, queridos hermanos y hermanas”, en un gesto de cercanía que marca el tono del encuentro.

Agradeciendo explícitamente a las Hermanitas de los Pobres y al personal de la residencia, así como a la Madre Filomena por la bienvenida, León XIV ha subrayado el sentido profundo de ese lugar. “Dios habita aquí”, ha afirmado desde el inicio, trazando una línea clara de lectura, no es el lugar el que dignifica la presencia de Dios, sino el amor concreto que lo sostiene.

El saludo, breve en extensión, adquiere densidad en su arquitectura espiritual. León XIV recupera una de las escenas más significativas del Evangelio, la exultación de Jesús ante los “pequeños”, para re-



leer lo que tiene delante, una comunidad frágil que, sin embargo, encarna una forma de resistencia silenciosa frente a un mundo atravesado por la violencia. La referencia no es casual. En un contexto internacional marcado por conflictos abiertos y tensiones persistentes, el Papa introduce una contraposición nítida, frente a la lógica de los “prepotentes y soberbios”, el corazón de Dios se inclina hacia los humildes. No como consuelo espiritual, sino como criterio de realidad.

El testimonio de uno de los residentes, Salah Bouchemel, se integra en esta misma lógica. No es un elemento anecdótico, sino una confirmación de lo que el Papa sugiere, incluso en espacios atravesados por la vulnerabilidad, es po-

sible reconstruir vínculos y generar comunidad. “Hay esperanza”, ha sintetizado León XIV, casi en voz baja, como quien constata más que proclama.

En ese punto, la residencia deja de ser un lugar asistencial para convertirse en signo. Un signo discreto, sin visibilidad mediática, pero con una carga simbólica evidente, la fraternidad cotidiana como forma concreta de oposición a la deshumanización.

El encuentro concluye sin añadidos. Una bendición, la promesa de la oración y una despedida que no busca clausurar, sino dejar abierta la escena. Porque, en “Ma Maison”, el Papa no ha pronunciado un discurso sobre la esperanza, ha señalado dónde sigue siendo posible reconocerla.

La entrega a la comunidad argelina

Inspirar deseos de reconciliación allí donde las divisiones siembran dolor

Concluida la visita a la Gran Mezquita de Argelia, en la tarde del 13 de abril, León XIV llegó al Centro de acogida y de amistad de las hermanas agustinas misioneras en Bab el Oued, donde realizó una visita privada. Después, se dirigió a la basílica de Nuestra Señora de África, situada al norte del centro de Argelia, para reunirse con la comunidad argelina. Después de haber escuchado el saludo del cardenal arzobispo de Alger, Jean-Paul Vesco, y cuatro testimonios, el Pontífice pronunció en francés, el discurso que publicamos a continuación.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.
La paz esté con ustedes.

Queridos hermanos en el episcopado,
queridos sacerdotes y diáconos,
religiosos y religiosas,
amados hijos de la Iglesia en Argelia:

Con gran alegría y afecto paternal me encuentro hoy con ustedes, que son una presencia discreta y preciosa, arraigada en esta tierra, marcada por una historia antigua y por luminosos testimonios de fe.

Su comunidad tiene raíces muy profundas. Son herederos de una multitud de testigos que han dado la vida, impulsados por el amor a Dios y al prójimo. Pienso

particularmente en los diecinueve religiosos y religiosas mártires de Argelia, que decidieron estar junto a este pueblo compartiendo sus alegrías y sus dolores. Su sangre es una semilla viva que nunca deja de dar fruto.



Son también herederos de una tradición aún más antigua, que se remonta a los primeros siglos del cristianismo. En esta tierra resonó la ferviente voz de Agustín de Hipona, precedida por el testimonio de su madre, santa Mónica, y de otros santos. Su memoria es una clara llamada a ser, hoy, signos creíbles de comunión, diálogo y paz.

A todos ustedes, queridos herma-

nos, y a aquellos que, no pudiendo estar presentes, siguen este encuentro a la distancia, expreso mi gratitud por el compromiso cotidiano con el que hacen visible el rostro materno de la Iglesia. Agradezco a Su Eminencia las pala-

bras que me ha dirigido, y también a Rakel, Ali, Monia y la Hna. Bernadette por lo que han compartido. A la luz de lo que hemos escuchado, quisiera que nos detengamos a reflexionar juntos sobre tres aspectos de la vida cristiana que considero muy importantes, especialmente por su presencia aquí: la oración, la caridad y la unidad.

Ante todo, la oración. Todos la



necesitamos. Lo subrayaba san Juan Pablo II hablando a los jóvenes: «El hombre —decía— no puede vivir sin orar lo mismo que no puede vivir sin respirar» (Encuentro con los jóvenes musulmanes en Casablanca, 19 agosto 1985, 4). De ese modo, presentaba el diálogo con Dios como un elemento indispensable no sólo para la vida de la Iglesia, sino también para la de cada persona. Asimismo lo había comprendido san Carlos de Foucauld, que había reconocido su vocación a ser presencia orante. Escribía: “Me siento feliz, feliz de estar a los pies del Santísimo Sacramento a todas horas” (Carta a Raymond de Blic, 9 diciembre 1907) y aconsejaba: “Recen mucho por los demás. Conságrense a la salvación del prójimo con todos los medios a su alcance: oración, bondad, ejemplo” (Carta a Louis Massignon, 1 agosto 1916). A este respecto, Ali, hablando de su experiencia de servicio en No-

tre Dame d’Afrique, nos ha dicho que muchos vienen aquí para orar en silencio, presentar y encomendar al Señor sus preocupaciones y a las personas que aman y encontrar a alguien dispuesto a escucharlos y a compartir las cargas que llevan en el corazón, y ha visto cómo tantos se van serenos y felices de haber venido. La oración une y humaniza, refuerza y purifica el corazón, y la Iglesia en Argelia, gracias a la oración, siembra humanidad, unidad, fuerza y pureza a su alrededor, llegando a lugares y contextos que sólo el Señor conoce. Un segundo aspecto de la vida eclesial en el que quisiera detenerme es el de la caridad. Nos ha hablado de ello, en particular, la Hna. Bernadette, compartiendo su experiencia de asistencia a los niños con discapacidad y a sus padres. En lo que ha dicho, percibimos el valor de la misericordia y del servicio no sólo como ayuda a

los más frágiles, sino sobre todo como lugar de gracia, en el que cualquiera que se deje involucrar crece y se enriquece. La Hna. Bernadette nos ha contado cómo a partir de un sencillo e inicial gesto de cercanía —la visita a los enfermos— han nacido, cual retoños, primero un sistema de acogida y, después, una organización asistencial cada vez más articulada, una verdadera comunidad en la que muchísimas personas participan, tanto en los acontecimientos alegres como en los dolorosos, unidos por vínculos de confianza, amistad y familiaridad. Un ambiente así es sano y sanador, y no sorprende el hecho de que, en él, el que sufre encuentre los recursos necesarios para mejorar la propia salud, llevando al mismo tiempo alegría a los demás, como en el caso de Fátima.

Por lo demás, el amor a los hermanos es precisamente el que ha animado el testimonio de los mártires que hemos recordado. Frente al odio y a la violencia, permanecieron fieles a la caridad hasta el sacrificio de la vida, junto con tantos otros hombres y mujeres, cristianos y musulmanes. Lo hicieron sin pretensiones y sin clamor, con la serenidad y la firmeza de quien no presume ni desespera, porque sabe en quién ha puesto su confianza (cf. 2 Tm 1,12). Para todos, citamos las palabras sencillas de Fray Luc, el anciano monje médico de la comunidad de Notre-Dame de l’Atlas, quien ante la posibilidad de partir y de ponerse a salvo de posibles peligros, a costa de abandonar a sus pacientes y amigos, él respondía: “Yo quiero que-

darme con ellos” (C. Henning - T. Georgeon, Fratel Luc di Tibhirine. Monaco, medico e martire, Ciudad del Vaticano 2025, Introducción), y así lo hizo. El Papa Francisco, al recordarlo a él y a todos los demás, con motivo de la beatificación, decía: «Su testimonio valiente es fuente de esperanza para la comunidad católica argelina y semilla de diálogo para toda la sociedad. Que esta beatificación sea para todos un estímulo para construir juntos un mundo de fraternidad y solidaridad» (8 diciembre 2018).

Y llegamos así al tercer punto de nuestra reflexión: el compromiso por promover la paz y la unidad. El lema de esta visita son las palabras de Jesús resucitado: «¡La paz esté con ustedes!» (cf. Jn 20,21), y en una imagen tomada de los mosaicos de Tipasa se lee: “In Deo, pax et concordia sit convivio nostro”, que podríamos traducir: “En Dios, la paz y la armonía pueden reinar en nuestro vivir juntos”. La paz y la armonía han sido características fundamentales de la comunidad cristiana desde sus orígenes (cf. Hch 2,42-47), por deseo mismo de Jesús (cf. Jn 17,23), que dijo: «En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros» (Jn 13,35). San Agustín afirmaba al respecto que la Iglesia «engendra a los pueblos, pero todos son miembros de uno solo» (Sermón 192, 2) y san Cipriano escribía: «El mayor sacrificio delante de los ojos de Dios es la paz y la unión fraternal, y un pueblo unido a proporción que están unidos el Padre, el Hijo, y el Espíritu

Santo» (Sobre la oración dominical, IV, 95). Es hermoso, hoy, al oír tanta riqueza de palabras y de ejemplos, hacer eco de lo que hemos escuchado.

Es signo de ello, como nos ha recordado Su Eminencia, esta misma basílica, símbolo de una Iglesia de piedras vivas donde, bajo el manto de Nuestra Señora de África, se construye la comunión entre cristianos y musulmanes. Aquí



el amor maternal de Lalla Maryem reúne a todos como hijos, cada uno rico en su diversidad, unidos por la misma aspiración a la dignidad, al amor, a la justicia y a la paz. Hijos deseosos de caminar juntos, de vivir, rezar, trabajar y soñar, porque la fe no aísla, sino que abre; une, pero no confunde; acerca sin uniformar y hace crecer una verdadera fraternidad, como nos ha dicho Monia, y como ha testimoniado Rakel, compartiendo su experiencia en la Tlemcen Fellowship. En un mundo donde las divisiones y las guerras siembran dolor y muerte entre las naciones, en las comunidades e incluso en las familias, su forma de

vivir juntos, unidos y en paz es un gran signo. Así unidos, difundan la hermandad, inspirando en quienes los rodean deseos y sentimientos de comunión y de reconciliación, con un mensaje tanto más fuerte y claro cuanto testimoniado en la sencillez y en la humildad.

Una parte considerable del territorio de este país está ocupada por el desierto, y en el desierto no

se sobrevive en soledad. La aspereza de la naturaleza redimensiona toda presunción de autosuficiencia y nos recuerda a todos que necesitamos los unos de los otros, y que necesitamos a Dios. Es la fragilidad reconocida la que abre el corazón a la ayuda mutua y a la invocación de Aquel que puede dar

lo que ningún poder humano es capaz de garantizar: la reconciliación profunda de los corazones y con ello la paz verdadera.

Por eso, queridos hermanos y hermanas, los animo a continuar su labor en tierras argelinas, como comunidad de fe unida y abierta, presencia de la Iglesia «sacramento universal de salvación» (Conc. Ecum. Vat. II, Lumen gentium, 48). Gracias por todo lo que hacen, por su oración, por su caridad y por su testimonio de unidad. Les aseguro mi recuerdo en la oración ante el Señor y, encomendándolos a María, Nuestra Señora de África, los bendigo de corazón.

VIAJE APOSTÓLICO A CAMERÚN



La visita del Papa a Duala trae consuelo y ánimo para continuar la misión

El arzobispo de Duala encargó al seminario Redemptoris Mater preparar la sacristía para la celebración de la eucaristía de León XIV en Japoma, que tuvo lugar el 17 de abril. El vicerrector del seminario, el sacerdote colombiano José Gregorio Martínez Osorio asegura que los seminaristas se han esmerado mucho para que todo estuviera de la manera más digna posible.

ROCÍO LANCHO GARCÍA

La visita del Papa a Camerún supone para su población “un aire de esperanza ya que la sociedad está inmersa en una resignación a causa de vivir tanto tiempo en la violencia y la pobreza”. Lo explica el sacerdote colombiano José Gregorio Martínez Osorio. Tiene 43 años y se formó en el seminario Redemptoris Mater de Córdoba, en España. Allí estuvo varios años como párroco y desde hace unos años es vicerrector en el Seminario Redemptoris Mater de Duala (Camerún). En entrevista con L’Osservatore Romano, después de la misa que el Papa León XIV celebró en el “Japoma Stadium” de Duala el 17 de abril, el sacerdote explica que Camerún tiene una gran parte de población que son cristianos católicos. “Creo que se

debe al gran esfuerzo misionero que desde hace años, los evangelizadores que llegaron a este país, han consolidado la fe católica”. Y prosigue: “dieron su vida por anunciar el mensaje del evangelio a tantas personas”, asegura. El vicerrector asegura que “es un pueblo que se hace querer, acoge y que necesita el consuelo y amor que trae Jesucristo”. Respecto a la visita del Pontífice, el sacerdote colombiano subraya que recibieron la noticia con “gran alegría” y “mucho más cuando en el programa oficial su Santidad decía que visitaría la ciudad de Duala, es el primer Papa que visita esta ciudad”.

Los preparativos de la visita - observa el vicerrector - han sido verdaderamente muchos. El arzobispo de Duala encargó al Redemptoris Mater preparar la sacristía para la celebración de la eucaristía en Japoma. “Los seminaristas se han esmerado mucho para que todo estuviese de la manera más digna posible, a parte también la preparación espiritual, rezando por su visita a este país y sabiendo que el paso de su Santidad es una gracia y trae a una palabra de consuelo y de ánimo para continuar nuestra misión”. El padre José Gregorio, dice que los seminaristas han



vivido la eucarística en Duala, “con mucha ilusión, con gran alegría y sobre todo con un gran apoyo de parte del Papa, que nos invita a dar la vida y evangelizar, disponibles para llevar este mensaje de amor a todo el mundo”. Del mismo modo, recuerda que “sabiendo que la Iglesia no se reduce solo a una diócesis, la Iglesia es universal y este ardor misionero se reaviva viendo como el Santo Padre, a través de su visita entre nosotros nos da un impulso para continuar nuestra formación en el seminario y estar disponibles a la llamada que Dios nos hace a ser sus discípulos”.

Reflexionando sobre la situación en el país, asegura que tiene la sensación de que este pueblo vive como “asfijado” en una sociedad que no le da la oportunidad para realizar y encontrar caminos de desarrollo integral”. Además, afirma que muchos jóvenes “buscan salir del país ya que su futuro se ve comprometido viviendo inmersos en un ambiente de corrupción y violencia”. Sobre los frutos de este viaje del Papa León XIV, el sacerdote espera que sea “la esperanza de un futuro de paz y de reconciliación”.

VIAJE APOSTÓLICO A CAMERÚN

Encuentro con el mundo universitario en la Universidad Católica de África Central en Yaundé

Formar a pioneros de un nuevo humanismo en el contexto de la revolución digital

León XIV encomendó a los jóvenes africanos liberar el continente «plaga de la corrupción». Lo explicó durante el encuentro con el mundo universitario que tuvo lugar el viernes 17 de abril, en la Universidad Católica de África Central en Yaundé. Desde la nunciatura apostólica, su residencia en Camerún, el Papa llegó al ateneo para el último encuentro público del quinto día de viaje apostólico en el continente africano. Publicamos a continuación una traducción del discurso que pronunció en francés con el que se dirigió a los docentes y profesores.

Excmo. Gran Canciller,
queridos hermanos
en el episcopado,
señor Rector,
ilustres miembros
del cuerpo docente,
queridos estudiantes,
distinguidas autoridades,
señoras y señores:

Es para mí una gran alegría dirigirme a ustedes en esta Universidad Católica de África Central, lugar de excelencia para la investigación, la transmisión del conocimiento y la formación de tantos jóvenes. Expreso mi gratitud a las autoridades académicas por su cálida hospitalidad y por su



compromiso sostenido al servicio de la educación. Es motivo de esperanza que esta institución, fundada en 1989 por la Asociación de Conferencias Episcopales de África Central, sea un faro al servicio de la Iglesia y de África, en su búsqueda de la verdad, y en la promoción de la justicia y de la solidaridad.

Hoy más que nunca es necesario que las universidades, y con mayor razón las instituciones católicas, se conviertan en auténticas comunidades de vida y de investigación, que introduzcan a estudiantes y profesores a una hermandad en el conocimiento, «para experimentar comunitariamente la alegría de la Verdad y

para profundizar su significado y sus implicaciones prácticas. El Evangelio y la doctrina de la Iglesia están llamados hoy a promover una verdadera cultura del encuentro, en una sinergia generosa y abierta hacia todas las instancias positivas que hacen crecer la conciencia humana universal; es más, una cultura –podríamos afirmar– del encuentro entre todas las culturas auténticas y vitales, gracias al intercambio recíproco de sus propios dones en el espacio de luz que ha sido abierto por el amor de Dios para todas sus criaturas. Como subrayó el Papa Benedicto XVI, “la verdad es ‘lógos’ que crea ‘diálogos’ y, por tanto, comunicación y

comunión”» (Francisco, Const. ap. Veritatis gaudium, 4b).

De hecho, mientras que muchos en el mundo parecen perder sus puntos de referencia espirituales y éticos, dejándose envolver por el individualismo, las apariencias y la hipocresía, la Universidad es, por excelencia, un lugar de amistad y cooperación, así como de introspección y reflexión. En sus orígenes, en la Edad Media, sus fundadores fijaron la verdad como meta. Aún hoy, profesores y estudiantes están llamados a establecer como objetivo, y al mismo tiempo como estilo de vida, la búsqueda común de la verdad, pues, como escribió san John Henry Newman acerca de Dios, «todos los principios verdaderos rebosan de él, todos los fenómenos convergen en él» (La idea de Universidad definida e ilustrada, Madrid 2025, p. 87).

Por otra parte, lo que Newman denominaba “luz amable”, es decir, «la luz de la fe, unida a la verdad del amor, no es ajena al mundo material, porque el amor se vive siempre en cuerpo y alma; la luz de la fe es una luz encarnada, que procede de la vida luminosa de Jesús. Ilumina incluso la materia, confía en su ordenamiento, sabe que en ella se abre un camino de armonía y de comprensión cada vez más amplio. La mirada de la ciencia se beneficia así de la fe: ésta invita al científico a estar abierto a la realidad, en toda su riqueza inagotable. La fe despierta el sentido crítico, en cuanto que no permite que la investigación se conforme con sus fórmulas y la ayuda a darse cuenta de



mientras que muchos en el mundo parecen perder sus puntos de referencia espirituales y éticos, dejándose envolver por el individualismo, las apariencias y la hipocresía, la Universidad es, por excelencia, un lugar de amistad y cooperación, así como de introspección y reflexión

que la naturaleza no se reduce a ellas. Invitando a maravillarse ante el misterio de la creación, la fe ensancha los horizontes de la razón para iluminar mejor el mundo que se presenta a los estudios de la ciencia» (Francisco, Carta enc. Lumen fidei, 34).

Queridos amigos, África puede contribuir de manera fundamental a ampliar los horizontes, tan estrechos, de una humanidad que le cuesta mantener la esperanza. En su maravilloso continente, la investigación enfrenta el desafío particular de abrirse a perspectivas interdisciplinarias, internacionales e interculturales. Hoy en día tenemos una necesidad urgente de considerar la fe en el marco de los escenarios culturales y los retos actuales, para que

así resalte su belleza y credibilidad en los diferentes contextos, especialmente en aquellos más marcados por las injusticias, las desigualdades, los conflictos y la degradación material y espiritual.

La grandeza de una nación no puede medirse únicamente por la abundancia de sus recursos naturales, ni tampoco por la riqueza natural de sus instituciones. Ninguna sociedad puede prosperar si no se fundamenta en conciencias rectas, educadas en la verdad. En este sentido, el lema de su Universidad: «Al servicio de la verdad y de la justicia», les recuerda que la conciencia humana, entendida como el santuario interior donde el hombre y la mujer se descubren interpelados por la voz de Dios, es el terreno sobre el cual se asientan los fundamentos justos y estables para toda sociedad. Formar conciencias libres y piadosamente inquietas es una condición indispensable para que la fe cristiana se presente como una propuesta plenamente humana, capaz de transformar la vida de cada persona y de la entera sociedad, de impulsar cambios proféticos ante los dramas y las pobrezas de nuestro tiempo, así como alentar una búsqueda de Dios cada vez más profunda, y que nunca se sacia.

Es precisamente en la conciencia donde se elabora el discernimiento moral, con el cual buscamos libremente lo que es verdadero y honesto. Cuando la conciencia busca ser iluminada y recta, se vuelve fuente de un comportamiento coherente, orienta-

do hacia el bien, la justicia y la paz.

En las sociedades contemporáneas, incluida la de Camerún, se observa una erosión de los referentes morales que antaño guiaban la vida colectiva. Como resultado, hoy se tiende a aprobar superficialmente prácticas que antes se consideraban inaceptables. Esta dinámica se explica en parte por los cambios sociales, las limitaciones económicas y las dinámicas políticas que influyen en los comportamientos individuales y colectivos. Los cristianos, sobre todo los jóvenes católicos africanos, no deben tener miedo de “las cosas nuevas”. En particular, su Universidad puede formar a pioneros de un nuevo humanismo en el contexto de la revolución digital, sobre la cual el continente africano conoce bien no solo los aspectos encan-

tadores, sino también el lado oscuro de las devastaciones ambientales y sociales provocadas por la frenética búsqueda de materias primas y tierras excepcionales. No pasen por alto esta situación, se trata de un servicio a la verdad y a toda la humanidad. Sin este esfuerzo educativo, el acomodo pasivo a las lógicas dominantes se confundirá con competencia, y la pérdida de libertad con progreso.

Esto es aún más cierto con referencia a la difusión de los siste-

mas de inteligencia artificial, que organizan de manera cada vez más invasiva nuestros entornos mentales y sociales. Como toda gran transformación histórica, también esta reclama no solo competencias técnicas, sino una formación humanística capaz de revelar las lógicas económicas, los prejuicios incorporados y las formas de poder que moldean la percepción de la realidad. El desafío que plantean estos sistemas es más profundo de lo que parece, no se trata sólo del uso de nuevas tecnologías, sino de la sustitución progresiva de la realidad



por la simulación de esta. En los entornos digitales, estructurados para persuadir, la interacción se optimiza al grado de volver superfluo el encuentro real, la alteridad de las personas de carne y hueso se neutraliza y la relación se reduce a una respuesta funcional. Queridos amigos, en cambio, ustedes son personas reales. Del mismo modo, la creación tiene un cuerpo, un aliento, una vida que escuchar y custodiar. “Gime y sufre” (cf. Rm 8,22), como cada uno de nosotros.

Cuando la simulación se vuelve norma, la capacidad humana de discernimiento se atrofia y nuestros vínculos sociales se encierran en circuitos autorreferenciales que nos dejan de mostrar la realidad. De esta manera vivimos como dentro de burbujas impermeables unas con otras, nos sentimos amenazados por cualquiera que sea diferente y nos deshabitamos al encuentro y al diálogo. Así es como se extienden la polarización, los conflictos, los miedos y la violencia. No está en juego un simple riesgo de error, sino una transformación de la re-

lación misma con la verdad.

Es justo en este ámbito donde la Universidad católica tiene el deber de asumir una responsabilidad de primer orden. Efectivamente, no se limita a transmitir conocimientos especializados, sino que forma mentes capaces

de discernir y corazones dispuestos al amor y al servicio. Prepara sobre todo a los futuros líderes, a los funcionarios públicos, a los profesionistas y a los otros futuros actores sociales para desempeñar con rectitud las tareas que se les confiarán, para ejercer sus responsabilidades con integridad y para inscribir su acción en una ética al servicio del bien común.

Queridos hijos e hijas de Camerún, queridos estudiantes: ante la comprensible tendencia migrato-



Iglesia de «anunciar la Buena Nueva de Cristo a todos, dialogando con las diferentes ciencias al servicio de una cada vez más profunda penetración y aplicación de la verdad en la vida personal y social» (Francisco, Const. ap. *Veritatis gaudium*, 8 diciembre 2017, 5).

ria, que puede llevar a creer que en otros lugares se puede encontrar fácilmente un futuro mejor, los invito ante todo a responder con un ardiente deseo de servir a su país y de poner los conocimientos que están adquiriendo aquí al servicio de sus conciudadanos. He aquí la razón de ser de su Universidad, fundada hace treinta y cinco años para formar pastores de almas y laicos comprometidos con la sociedad: estos son los testigos de sabiduría y equidad que el continente africano necesita.

Por cierto, me gustaría recordar una frase de san Juan Pablo II: “la Universidad católica ha nacido del corazón de la Iglesia” (cf. Const. ap. *Ex corde Ecclesiae*, 15 agosto 1990, 1), y participa en su misión de anunciar la verdad que libera. Esta afirmación remite, ante todo, a una exigencia intelectual y espiritual: buscar la verdad en todas sus dimensiones, con la convicción de que la fe y la razón no se oponen, sino que se sostienen mutuamente. Además, recuerda que los profesores y los estudiantes de la Universidad están involucrados en la tarea de la

Ante los desafíos de nuestro tiempo, la Universidad católica ocupa un lugar único e insustituible. En este sentido, recordemos a los pioneros de esta institución, quienes colocaron los cimientos sobre los que ustedes construyen hoy; de entre ellos, recuerdo al Rvdo. Barthélemy Nyom, rector durante casi toda la década de los noventa. Siguiendo su ejemplo, sean siempre conscientes de que, junto con la transmisión del saber y la capacitación profesional, esta Universidad tiene como objetivo contribuir a la formación integral de la persona humana. El acompañamiento espiritual y humano constituye una dimensión esencial de la identidad de la Universidad católica. A través de la formación espiritual, de las iniciativas de la pastoral universitaria y de los momentos de reflexión, los estudiantes están llamados a profundizar en su vida interior y a orientar su compromiso en la sociedad, a la luz de valores auténticos y sólidos. De este modo, queridos estudiantes, aprendan a convertirse en constructores del futuro de sus respectivos países y de un mundo más justo y más hu-

mano.

Estimados profesores, su papel es fundamental. Por eso los animo a encarnar los valores que desean transmitir, ante todo la justicia y la equidad, la integridad, la sensibilidad del servicio y de la responsabilidad. África y el mundo necesitan personas que se comprometan a vivir según el Evangelio y a poner sus competencias al servicio del bien común. ¡No traicionen este noble ideal! Además de ser guías intelectuales, sean modelos cuya rigurosidad científica y honestidad personal eduquen la conciencia de sus estudiantes. África necesita liberarse de la plaga de la corrupción. Y para un joven, esa conciencia debe consolidarse desde los años de formación, gracias a la firmeza moral, al desinterés y a la coherencia de vida de sus educadores y maestros. Día tras día, coloquen los cimientos imprescindibles para la construcción de una coherente identidad moral e intelectual. Dando testimonio de la verdad, particularmente frente a las ilusiones de la ideología y las modas, creen un ambiente en el que la excelencia académica se una naturalmente a la rectitud humana. Señoras y señores, la virtud principal que debe animar a la comunidad universitaria es la humildad. Sea cual sea nuestro papel y nuestra edad, debemos tener siempre en cuenta que todos somos discípulos, es decir, compañeros de estudio de un único Maestro, que ha amado tanto el mundo al punto de dar su vida. Les doy las gracias y los bendigo de todo corazón.

VIAJE APOSTÓLICO A ANGOLA



En el vuelo de Luanda a Malabo

En Angola la Iglesia crece y puede ayudar a promover los derechos

En el vuelo de Luanda a Malabo, en Guinea Ecuatorial, León XIV responde a las preguntas de tres periodistas angoleños presentes en el vuelo papal. Asegura haber hablado con el presidente sobre una colaboración entre la Iglesia y el Estado en los ámbitos de la salud y la educación. El Papa también recuerda con cariño a su predecesor en el primer aniversario de su fallecimiento



SALVATORE CERNUZIO

Al igual que en los vuelos anteriores durante su largo viaje por África, el Papa —durante el trayecto de Luanda a Malabo— saludó a los periodistas y respondió a las preguntas de los corresponsales locales. León respondió a tres colegas de los medios de comunicación angoleños presentes en el avión papal. Antes, sin embargo, quiso felicitar a dos periodistas, Jordi García y Andrea Tramontano, que celebran su cumpleaños durante el viaje: «Podemos darles un aplauso». La colaboración entre la Iglesia y el Estado en Angola

Respondiendo a la pregunta de la corresponsal de Televisao Pública de Angola, Adrina Domingos, que preguntaba cómo puede la Iglesia ayudar al Estado angoleño a mejorar, sobre todo en el ámbito de la educación y la salud, el Papa aseguró que ya «trabajamos juntos por el bien de todo el pueblo, pero desde puntos de vista diferentes». León explicó que había debatido estas cuestiones con el presidente para comprender «cómo podemos trabajar juntos, dónde es posible mejorar los servicios que el Estado, en el caso de Angola, ofrece sobre todo al pueblo para la construcción de nuevos hospitales, nuevas estructuras, para un com-

promiso firme por el bien del pueblo».

Un futuro Consistorio

«Creo que la Iglesia tiene la responsabilidad, mediante el testimonio, la palabra y también la predicación, un valiente anuncio de la Palabra de Dios, de reconocer los derechos de todos y ayudar en este sentido

a promover los derechos universales», añadió el Pontífice. En cambio, sonrió ante la pregunta del corresponsal de la Agencia de Prensa Angoleña, Mauro Romoto, sobre un posible Consistorio con la creación de un cardenal angoleño.

«Esta es la pregunta que muchos quieren hacer», respondió León XIV, explicando que «aún no se ha decidido cuándo habrá la creación de nuevos cardenales. Hay que ver un poco la cuestión a nivel global... Esperamos que para África y también quizá para Angola, en un futuro próximo, un poco más lejano, se pueda considerar el nombramiento de un nuevo cardenal también para Ango-

la».

Llamada a la evangelización, sin proselitismo

Antes de despedirse de los periodistas y desearles «buen vuelo y buen viaje», el Papa —instado por una última pregunta de Cornelio Bento, de Rádio Ecléscia, la emisora católica angolense— expresó su «alegría» al ver «los lugares del mundo donde la Iglesia está creciendo». «Todos sabemos —añadió— que hay otros lugares del mundo donde ocurre lo contrario, por lo que aquí hay una llamada a la evangelización, a seguir anunciando el Evangelio y a intentar invitar a otros, no al proselitismo, como decía tantas veces el Papa Francisco, sino por la belleza, el atractivo de la fe; la alegría de los creyentes es uno de los mejores anuncios de la fe, del Evangelio».

Más pastores por el bien del pueblo

En Angola, es cierto: «La Iglesia está creciendo». Y esto gracias también al trabajo de los propios obispos con la colaboración del nuncio apostólico, subrayó León XIV. «Podemos ver concretamente dónde sería importante crear nuevas diócesis por el bien del pueblo, para tener esta posibilidad de contar con más obispos más cercanos como pastores al pueblo».

León recuerda a Francisco: un regalo para la Iglesia y el mundo

En el vuelo de Angola a Gui-

nea Ecuatorial, última etapa del viaje apostólico, el Papa recuerda con cariño a su predecesor en el primer aniversario de su fallecimiento: «Nos ha dado mucho con su vida y su cercanía a los pobres. Predicó el mensaje de la misericordia. Recemos para que esté disfrutando de la misericordia del Señor»

«Quisiera recordar, en este primer aniversario de su fallecimiento, al Papa Francisco, quien dejó y dio tanto a la Iglesia con su vida, su testimonio, su palabra y sus gestos. Por lo que hizo al vivir verdaderamente la cercanía a los más pobres, a los más pequeños, a los enfermos, a los niños y a los ancianos». Es el día del traslado de Angola a Guinea Ecuatorial, última etapa del viaje apostólico por África, pero también es un día especial: el primer aniversario de la muerte del Papa Francisco, fallecido en la madrugada del 21 de abril de 2025. Una efeméride que se recuerda con gran participación en estas horas en todas partes del mundo. Y también el Papa, durante el vuelo hacia Malabo, no quiso dejar de expresar su recuerdo personal por su predecesor, compartido con los cerca de 70 periodistas que le acompañaban.

Un recuerdo lleno de afecto y gratitud por un Pontífice que —dijo— «ha dejado mucho a la Iglesia con su testimonio y su palabra». «Muchas cosas» se podrían recordar de Jorge Mario Bergoglio, pero León XIV

recuerda ante todo la incesante exhortación a la «fraternidad universal»: Francisco ha intentado verdaderamente «promover un auténtico respeto por todos los hombres, todas las mujeres, fomentando un espíritu de fraternidad, de ser hermanos y hermanas, todos, de buscar cómo vivir el mensaje que encontramos en el Evangelio».

El mensaje de la misericordia

El otro «mensaje» del papa Francisco que el Papa León recuerda es el de la «misericordia», expresado desde el primer Ángelus del domingo tras la elección del 13 de marzo de 2013. «Aquella primera vez en el Ángelus, pero también en la Santa Misa que celebró incluso antes de la inauguración del pontificado, el 17 de marzo de 2013», cuando, en la parroquia de Santa Ana en el Vaticano, «predicó sobre la mujer sorprendida en adulterio» y «habló desde el corazón de la misericordia de Dios, habló desde el corazón de este gran amor, del perdón y de la generosa expresión de misericordia del Señor». Este «espíritu» Francisco quiso compartirlo «con toda la Iglesia», reiteró el Papa, recordando también la «hermosa celebración de un Jubileo extraordinario de la misericordia».

«Recemos para que él ya esté disfrutando de la misericordia del Señor», concluyó León XIV, «demostrando gracias al Señor por el gran don de la vida de Francisco a toda la Iglesia y al mundo entero».

León XIV peregrino en el continente africano - Angola Misa en Kilamba. La homilía del Papa

Construyendo justicia superando las divisiones y la corrupción



Cien mil fieles angoleños asistieron a la misa de León XIV la mañana del 19 de abril en la explanada de Kilamba, un complejo residencial de reciente construcción en la provincia de Luanda. Tras recorrer los aproximadamente treinta kilómetros que separan la capital angoleña —donde reside en la nunciatura apostólica— del lugar elegido para la celebración, el Pontífice subió al papamóvil para recorrer los distintos departamentos. Luego, ataviado con sus ornamentos litúrgicos, presidió la Eucaristía del tercer domingo de Pascua. Publicamos, a continuación, la homilía del Pontífice.

Queridos hermanos y hermanas: Con el corazón lleno de gratitud celebro la Eucaristía entre ustedes. Gracias a Dios por este don y gracias a ustedes por la cálida bienvenida que me han brindado.

En este tercer domingo de pascua el Señor nos ha hablado con el Evangelio de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35). Dejémosnos iluminar por esta Palabra de vida.

Dos discípulos del Señor, con el corazón lastimado y triste, salen

de Jerusalén para regresar a Emaús, su aldea. Vieron morir a aquel Jesús en el que habían confiado y al que habían seguido y, ahora, decepcionados y derrotados, regresan a sus casas. «En el camino hablaban sobre lo que había ocurrido» (v. 14); Necesitan hablar de ello, volver a contarse lo que han visto, compartir lo que han vivido, aunque corran el riesgo de quedarse atrapados en el dolor, cerrados a la esperanza.

Hermanos y hermanas, en esta escena inicial del Evangelio veo re-

flejada la historia de Angola, de este país bellissimo pero lastimado, que tiene hambre y sed de esperanza, de paz y de fraternidad. En efecto, la conversación de los dos discípulos mientras caminan, recordando con tristeza lo que le ha sucedido a su Maestro, nos trae a la memoria el dolor que ha marcado a este país: una larga guerra civil con su secuela de enemistades y divisiones, de recursos malgastados y de pobreza.

Cuando se lleva mucho tiempo sumergido en una historia tan marcada por el dolor, se corre el riesgo de sufrir la misma suerte que los dos discípulos de Emaús: perder la esperanza y quedarse paralizado por el desánimo. Ellos caminan, sin embargo, siguen detenidos en los hechos ocurridos tres días antes, cuando vieron morir a Jesús; conversan entre ellos, pero sin esperanza de encontrar una salida; continúan hablando de lo que ha sucedido, con la angustia de quienes no saben cómo volver a empezar, ni si es posible hacerlo.

Queridos hermanos, la Buena Nueva del Señor, también hoy para nosotros, es precisamente esta: Él está vivo, ha resucitado y va a

nuestro lado mientras recorremos el camino del sufrimiento y la amargura, abriéndonos los ojos para que podamos reconocer su obra y concediéndonos la gracia de empezar de nuevo y reconstruir el futuro.

El Señor se acerca a los dos discípulos desanimados y sin esperanza y, al hacerse su compañero de camino, los ayuda a recomponer los fragmentos de aquella historia, a mirar más allá del dolor, a descubrirles que no están solos en el camino y que les espera un futuro en el que sigue habitando el Dios del amor. Y cuando Él se detiene a cenar con ellos, se sienta a la mesa y parte el pan, entonces «los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron» (v. 31).

Para nosotros, y también para ustedes, queridos hermanos y hermanas angoleños, queda así trazado el camino para volver a empezar: por un lado, la certeza de que el Señor nos acompaña y tiene compasión de nosotros; por otro, el compromiso que Él nos pide.

Experimentamos la compañía del Señor sobre todo en la relación con Él, en la oración, en la escucha de su Palabra, que hace arder nuestro corazón como el de los dos discípulos, y sobre todo en la celebración de la Eucaristía. Es aquí donde nos encontramos con Dios. Por eso, hay que estar siempre atentos a aquellas formas de religiosidad tradicional que, sin duda, pertenecen a las raíces de la cultura de ustedes, pero que, al mismo tiempo, suponen el riesgo de confundir y mezclar elementos

mágicos y supersticiosos que no ayudan en el camino espiritual. Permanezcan fieles a lo que enseña la Iglesia, confíen en sus Pastores y mantengan la mirada fija en Jesús, que se revela especialmente en la Palabra y en la Eucaristía. En ambas percibimos que el Señor Resucitado camina a nuestro lado y, unidos a Él, también nosotros vencemos la muerte que nos asedia y vivimos como resucitados.

A esta certeza de no estar solos en el camino se añade también un compromiso generoso capaz de aliviar las heridas y reavivar la esperanza. En efecto, si los dos discípulos de Emaús reconocen a Jesús cuando parte el pan para ellos, eso significa que también nosotros debemos reconocerlo así: no sólo en la Eucaristía, sino en cualquier lugar donde haya una vida que se convierta en pan partido, en cualquier lugar donde alguien se haga don de compasión como Él.

La historia de su país, las consecuencias aún difíciles que deben soportar, los problemas sociales y económicos y las diferentes formas de pobreza reclaman la presencia de una Iglesia que sepa acompañarlos en el camino y escuchar el lamento de sus hijos. Una Iglesia que, con la luz de la Palabra y el alimento de la Eucaristía, sepa reavivar la esperanza perdida. Una Iglesia formada por personas como ustedes, que se entregan tal y como Jesús partió el pan para los dos discípulos de Emaús. Angola necesita obispos, sacerdotes, misioneros, religiosas y religiosos, laicos y laicas que tengan en el corazón el deseo de

entregar su propia vida y ofrecérsela unos a otros, de comprometerse en el amor y el perdón mutuos, de construir espacios de fraternidad y de paz, de realizar gestos de compasión y solidaridad hacia quienes más lo necesitan.

Con la gracia de Cristo Resucitado podemos convertirnos en ese pan partido que transforma la realidad. Y así como la Eucaristía nos recuerda que somos un sólo cuerpo y un sólo espíritu, unidos al único Señor, también nosotros podemos y queremos construir un país en el que se superen para siempre las viejas divisiones, en el que desaparezcan el odio y la violencia, en el que la lacra de la corrupción sea sanada por una nueva cultura de la justicia y el compartir. Sólo así será posible un futuro de esperanza, sobre todo para los numerosos jóvenes que la han perdido.

Hermanos y hermanas, hoy es necesario mirar hacia el futuro con esperanza y construir la esperanza del futuro. No tengan miedo de hacerlo. Jesús Resucitado, que recorre el camino con ustedes y se entrega como pan partido, los anima a ser testigos de su resurrección y protagonistas de una nueva humanidad y de una nueva sociedad.

Queridos hermanos, en este camino pueden contar con la cercanía y la oración del Papa. Pero también yo sé que puedo contar con ustedes, y se lo agradezco. Los encomiendo a la protección y a la intercesión de la Virgen María, Nuestra Señora de Muxima, para que siempre los sostenga en la fe, la esperanza y la caridad.

VIAJE APOSTÓLICO A GUINEA ECUATORIAL



León XIV en Malabo

La universidad como forma de verdad y destino del hombre

El Pontífice inaugura un campus en Guinea Ecuatorial y propone una concepción del conocimiento como apertura, no como dominio

SILVINA PÉREZ

El acto inaugural del Campus Universitario “León XIV” de la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial estuvo precedido por las intervenciones del rector y de varios estudiantes, en un formato que combinó dimensión institucional y participación directa de la comunidad universitaria.

En el exterior del campus, desde primeras horas de la jornada, se registró una amplia presencia de jóvenes que aguardaban la llegada del Pontífice entre cantos y consignas de bienvenida. El clima, marcado por una participación numerosa y sostenida, acompañó el desarrollo del acto y anticipó su carácter no meramente protocolario.

Una inauguración que se convierte en reflexión sobre el saber

Bajo la apariencia institucional de la apertura de un nuevo campus universitario, León XIV ofreció en Malabo una reflexión de

notable densidad y profundidad sobre la naturaleza del saber y su lugar en la vida humana.

El Pontífice convirtió este momento en ocasión para una reflexión de fondo en torno a una cuestión clásica y siempre actual: qué significa conocer y en qué

añadir infraestructuras al mapa académico, sino en afirmar, con un gesto a la vez cultural y moral, que la formación de las nuevas generaciones sigue siendo una apuesta necesaria en un tiempo marcado por la incertidumbre. La universidad aparece



medida el conocimiento configura la relación del hombre con la realidad.

La universidad como espacio donde se decide lo humano

Desde el inicio, el Papa rechazó toda reducción funcionalista de la institución universitaria. Inaugurar, sugirió, durante los 10 minutos y 49 segundos de su discurso, no consiste simplemente

así no como un institución intermedia, sino como un espacio en el que se decide, silenciosamente, la calidad de lo humano.

En este horizonte introdujo la imagen de la ceiba, árbol nacional de Guinea Ecuatorial. Su presencia en el discurso no responde a un recurso localista, sino a una precisa intención simbólica. La ceiba, con sus raíces profundas y



La fe no irrumpe como refugio ante los límites de la razón, sino como instancia que la purifica de su autosuficiencia y la abre a una plenitud que no puede darse a sí misma

su crecimiento paciente, ofrece una clave de lectura de la educación, arraigo, elevación y fecundidad. No hay verdadera altura, vino a señalar, sin contacto con la tierra y no hay fruto auténtico que no sea, en última instancia, don.

Es, sin embargo, en el desarrollo posterior donde el discurso alcanza su mayor profundidad. León XIV retoma la relación entre conocimiento y verdad a partir de la escena originaria del Génesis. En la coexistencia del árbol de la vida y del árbol del conocimiento del bien y del mal no ve una desconfianza hacia la inteligencia, sino la advertencia de una posible desviación, la tentación de un saber que, en lugar de acoger la realidad, pretende someterla a su propia medida.

Un saber que abre y un saber que domina

La distinción es de vital importancia. Para León, hay un conocimiento que abre y otro que

cierra, uno que conduce a la sabiduría y otro que degenera en posesión. Cuando el saber deja de responder a lo real y se pliega a la conveniencia del sujeto, se produce, en términos inequívocos, una fractura antropológica. El conocimiento deja entonces de humanizar y se convierte en instrumento de afirmación y, en no pocos casos, de dominio.

Frente a esta deriva, el Pontífice introduce un segundo árbol, el de la cruz, no como negación, sino como cumplimiento. En una formulación de clara inspiración agustiniana y tomista, la cruz aparece como el lugar donde la verdad no se impone por la fuerza de la evidencia ni por la lógica del poder, sino que se ofrece en la forma del don. La inteligencia no es anulada, sino restituida a su vocación originaria, es decir, reconocer, acoger y servir.

De este modo, la fe no irrumpe como refugio ante los límites de la razón, sino como instancia que la purifica de su autosuficiencia y la abre a una plenitud que no puede darse a sí misma. La verdad, insistió, no es construcción ni conquista precede al hombre, lo interpela y lo convoca. En esta afirmación, que recorre todo el discurso, se condensa una antropología exigente, en la que libertad y verdad no se oponen, sino que se reclaman mutuamente.

A partir de ahí, la consecuencia es clara. La medida de una universidad no se encuentra en sus cifras, sino en sus frutos. Y aquí el término no es solo metafórico, sino también criterio de evaluación, ya que por sus frutos

se conoce el árbol. La calidad de una institución se verifica en la densidad humana de quienes forma, en su capacidad de generar no solo competencia técnica, sino también criterio, sentido y disponibilidad al servicio.

Más allá de la lógica del éxito

No hay, en todo el discurso, concesión a la retórica del éxito como su principal criterio de reconocimiento. Más bien, se percibe una corrección discreta de sus parámetros. El profesional excelente, en la perspectiva propuesta por León XIV, no es aquel que acumula capacidades, sino quien ha integrado su saber en una comprensión más amplia de lo humano y es capaz de traducirlo en responsabilidad.

La conclusión, lejos de un cierre convencional, retoma el núcleo teológico de la *intervención mediante la referencia a Gaudium et spes* en Cristo, Verdad encarnada, el hombre descubre su propia dignidad. No se trata de un añadido doctrinal, sino de la clave de lectura de todo el discurso. Sin esta referencia, la reflexión sobre la cultura quedaría incompleta; con ella, adquiere orientación y medida.

Una universidad al servicio de la verdad y del hombre

En Malabo, León XIV propuso, con sobriedad y claridad, una idea de universidad que interpela los automatismos contemporáneos un lugar donde el conocimiento no se absolutiza ni se instrumentaliza, sino que se ordena a la verdad y, en última instancia, al destino del hombre.

VIAJE APOSTÓLICO A GUINEA ECUATORIAL

León XIV peregrino en el continente africano - Guinea Ecuatorial. Visita a la prisión de Bata

A pesar de los errores y los sufrimientos, todos somos valiosos para Dios



La tarde del miércoles 22 de abril, penúltimo día de su estancia en Guinea Ecuatorial, cuarta y última parada de su viaje al continente africano, León XIV voló desde Mongomo —donde había aterrizado esa mañana procedente de Malabo, su residencia actual— hasta Bata. Tras un vuelo de media hora, llegó a la ciudad costera de la región de Río Muni, capital de la provincia del Litoral, donde el Pontífice fue recibido por las autoridades locales. Posteriormente, se dirigió a visitar la prisión de Bata. Publicamos, a continuación, el discurso del Papa a los reclusos.

Queridos hermanos, queridas hermanas:

En algunos lugares dicen que la lluvia es señal de la bendición de Dios. Vamos a pedir que sea así. Y vamos a vivir este momento también como señal de la cercanía de Dios, Dios que jamás nos abandona.

He escuchado con atención sus palabras. Gracias por la clari-

dad y por habernos mostrado que, aun en las dificultades, la dignidad humana y la esperanza nunca se pierden.

Hoy estoy aquí para decirles algo muy sencillo: ninguno está excluido del amor de Dios. Cada uno de nosotros, con su historia, sus errores y sus sufrimientos, sigue siendo valioso a los ojos del Señor. Podemos de-

cirlo con certeza, porque Jesús nos ha revelado esto en cada encuentro, en cada gesto y en cada palabra. Incluso cuando fue arrestado, condenado y llevado a la muerte sin culpa alguna, nos amó hasta el extremo, demostrando que cree en la posibilidad de que el amor transforme incluso el corazón más endurecido.

En este viaje estoy descubriendo que Guinea Ecuatorial es una tierra rica de culturas, lenguas y tradiciones. Sus familias, sus comunidades y su fe son una gran fuerza para esta nación. También ustedes forman parte de este país. La adminis-

tración de la justicia tiene el fin de proteger a la sociedad, pero para ser eficaz debe invertir siempre en la dignidad y en las potencialidades de cada persona. Una auténtica justicia no busca tanto castigar, sino sobre todo ayudar a reconstruir la vida, tanto de las víctimas como de los culpables, así como de las comunidades heridas por el mal. No hay justicia sin reconciliación. Se trata de un gran trabajo, del cual una parte puede realizarse dentro de la cárcel y

de reflexión, de reconciliación y de crecimiento personal. Es deseable, por ejemplo, que se hagan las gestiones necesarias para que en la cárcel exista la posibilidad de estudiar y de trabajar con dignidad. La vida no sólo se define por los errores cometidos, que generalmente son el resultado de circunstancias difíciles y complejas; porque siempre es posible volver a levantarse, aprender y convertirse en una persona nueva. Hermanos y hermanas, no están

dad y de fe. Todo esfuerzo de reconciliación, todo gesto de bondad puede convertirse en una pequeña llama de esperanza para los demás.

Deseo agradecer también a los que trabajan en este centro penitenciario: al Director, a los agentes y al capellán. Su servicio es fundamental cuando conjuga seguridad, respeto y humanidad, garantizando el orden necesario para acompañar a los detenidos en un itinerario de reinserción y de reconstrucción de la propia vida.

Queridos hermanos, hermanas, Dios jamás se cansa de perdonar. Él abre siempre una puerta nueva a quien reconoce los propios errores y desea cambiar. No permitan que el pasado les robe la esperanza en el futuro. Cada día puede ser un nuevo comienzo.

Confiemos este camino a la Virgen María, Madre de la Misericordia. Que ella los acompañe en la vida, consuele sus corazones y proteja a sus familias. Hoy quiero asegurarles mi cercanía y mi oración por ustedes y por todo el pueblo de Guinea Ecuatorial. Y recuerden siempre que una persona que se levanta después de haber caído es más fuerte que antes. Que el Señor les conceda paz, esperanza y fuerza para volver a empezar.

Hermanas y hermanos, bajo esta lluvia, que es bendición de Dios, vamos a orar juntos la oración que Cristo nos enseñó diciendo: Padre Nuestro...

Bendición



otra parte, aún mayor, debe involucrar a toda la comunidad nacional, para prevenir y reparar las heridas provocadas por la injusticia. Quisiera hablarles, sobre todo, de esperanza y de cambio. Aunque la cárcel se vea como un lugar de soledad y desolación, este tiempo —como se ha dicho— puede convertirse en un tiempo

solos. Sus familias los aman y los esperan, y muchos, más allá de estos muros, rezan por ustedes. Y aun cuando alguno temiera el ser abandonado por todos, Dios nunca los abandonará y la Iglesia estará a su lado. Piensen también en su país, en los jóvenes de Guinea Ecuatorial que necesitan ejemplos de perseverancia, de responsabili-

La red que sostiene la misión en África

ROCÍO LANCHO GARCÍA

El Papa León XIV ha visitado cuatro países de África - Argelia, Camerún, Angola y Guinea Ecuatorial - del 13 al 23 de abril. Se trata de países que son 100% territorio de misión, es decir, todas las diócesis son iglesias jóvenes que, tras haber sido fundadas por los misioneros, no son autosuficientes ni a nivel humano ni a nivel económico. El Papa cuida especialmente de ellas cada año, y lo

tativa entre los 1.132 territorios de misión que tiene la Iglesia.

“No hay mensaje mayor que pueda levantar el ánimo y el corazón de cualquier persona, que el mensaje de saberse amado, de saberse cuidado, de saberse importante para los demás. Y eso es lo que la Iglesia lleva al corazón de las personas a las que predica: que hay un Dios que les ama, que hay un Dios que cuida de ellos, para el que son importantes y que está dispuesto a entregarse por ellos”.

significa atender a los cristianos que viven en situaciones de verdadera pobreza, no sólo material, también espiritual y de posibilidad de atención pastoral”. Esto hace que - explica - cuando habla de misión, habla de lo que él ha vivido y ha disfrutado siendo un sacerdote enviado por la Iglesia a esa primera evangelización.

Hay muchos lugares de estos países que está visitando el Pontífice en los que “todavía no han llegado los misioneros o llevan muy

poco tiempo predicando en ellos”, explica José María. La Iglesia, “está haciendo una labor espectacular de cuidado y de atención a cada persona, a cada familia, a cada población.” La Iglesia - prosigue - está allí, compartiendo con los pueblos y las sociedades sus situaciones concretas, sus problemas, sus retos y sus alegrías.

En Argelia, por ejemplo, sus cuatro diócesis

cuentan con el apoyo de OMP. En los últimos 5 años OMP ha ofrecido a la Iglesia en Argelia 652.400€. Principalmente para apoyar la presencia de los católicos en este país mayoritariamente musulmán, con una ayuda anual para los gastos del día de las diócesis, y para el mantenimiento del obispado y varias parroquias,



hace a través de Obras Misionales Pontificias (OMP). Esta institución, que pertenece al Dicasterio para la Evangelización -antigua Propaganda Fide-, canaliza las aportaciones para las misiones de todos los católicos del mundo -a través del Domund, Infancia Misionera y Vocaciones Nativas-, y los distribuye de una forma equi-

Así lo asegura José María Calderón Castro, director Nacional de Obras Misionales Pontificias en España.

En entrevista con L'Osservatore Romano explica que todos los Papas, como cabeza de la Iglesia, son misioneros. Pero, en efecto, León XIV “sabe de primera mano, por experiencia propia, lo que

construcción de casas para los misioneros, bibliotecas, atención a cristianos estudiantes subsaharianos... En los últimos tres años, desde las colectas del Domund de las parroquias españolas se ha apoyado a la Iglesia en Argelia con 124.560,57€.

En el caso de Camerún, las 26 diócesis reciben anualmente este apoyo. En los últimos 5 años, OMP ha enviado 13.495.350€ para apoyar el crecimiento. Esta ayuda se ha

concretado en tres ámbitos. Por un lado, han recibido cerca de siete millones de euros de las colectas del Domund para los gastos del día de la evangelización, la construcción de 75 nuevas parroquias, y conventos de varias congregaciones o formación de catequistas nativos que permiten que la Iglesia tenga presencia estable en nuevas aldeas. Por otro lado, han recibido más de dos millones y medio de euros para proyectos infantiles por parte de Infancia Misionera: escuelas diocesanas, dispensarios, catequesis, niños refugiados de la zona anglófona, alimentación. Por último, se ayuda cada año a los 21 seminarios diocesanos que hay en Camerún, sin la cual muchos de ellos tendrían que cerrar. En los últimos cinco años se les ha apoyado con 3.800.000€ gracias a las aportaciones a la Jornada de Vocaciones Nativas. Tan solo del



bolsillo de los españoles se han enviado 1.200.321,74 € a esta Iglesia en 2025.

Si nos fijamos en Angola, OMP también apoya cada año a sus 20 diócesis, para que la Iglesia pueda ir afianzándose y reconstruyéndose tras la guerra civil. En los últimos 5 años, por indicación de la Santa Sede, se han enviado 6.440.000€ a la Iglesia en este país. Más de tres millones fueron gracias a las colectas del Domund en todo el mundo, para afrontar los gastos de las diócesis y para la formación de los catequistas nativos. También se construyeron nuevas iglesias y conventos de diversas congregaciones, se compraron varios coches e incluso se apoyó la construcción de una sede diocesana de Cáritas.

Asimismo, gracias al apoyo de Infancia Misionera, se han financiado programas diocesanos de ali-

mentación, proyectos relacionados con el deporte (un torneo de fútbol o un centro deportivo polivalente), y se ha apoyado la pastoral ordinaria infantil, en especial a los grupos de niños de Infancia Misionera de las parroquias. Además, OMP apoya los 28 seminarios diocesanos de Angola, gracias a lo recaudado por Vocaciones Nativas. En los últimos cinco se destinaron 2,9 millones de € para cubrir los gastos de manutención de los seminaristas y necesidades extraordinarias.

Una ayuda importantísima en diócesis como la de Luena, que, con un tamaño similar a Andalucía, cuenta con tan solo 35 sacerdotes. Estos sacerdotes hacen lo que pueden para llevar el Evangelio a cada una de las aldeas, en una zona que fue destruida y minada en la guerra civil. Sin esta ayuda, estos seminarios cerrarían.

Finalmente, Guinea Ecuatorial, que cuenta con la ayuda de Propaganda Fide, ahora Dicasterio para la Evangelización, desde el inicio de la evangelización allí. En los últimos cinco años OMP ha enviado 1.075.600€ distribuidos en las 5 diócesis. Principalmente, estas ayudas han sido repartidas gracias a las colectas del Domund. Entre los muchos proyectos, por ejemplo, se ha apoyado la restauración de la catedral de Malabo, destruida por un incendio. Gracias a lo que se recauda en la Jornada de Vocaciones Nativas, se apoya cada año a los tres seminarios diocesanos del país (uno mayor, otro propedéutico y otro menor), para la manutención de los seminaristas. Y además se apoyan necesidades extraordinarias como la equipación de una sala de informática o la construcción de un pozo. OMP sostiene la misión con la oración y la caridad

Comentando el aumento del número de bautizados en el continente africano, José María Calderón cree firmemente que tiene sentido porque los africanos en general son personas “con un gran sentimiento de la trascendencia, que les abre el corazón para acoger con más facilidad y rapidez el Evangelio”. Del mismo modo, reconoce que otro de los factores que puede influir para que se dé esta realidad es “el testimonio y ejemplo de la vida de los misioneros

y cristianos”.

Su vida - reconoce - es todo un canto a la belleza de la fe, que es atractiva para quien busca lo bello, lo bueno. También, observa Calderón, “la sangre de los mártires es semilla para nuevos cristianos y, desgraciadamente, ningún país ha sido evangelizado sin la terrible experiencia del martirio”.

Por otro lado, el director nacional de España recuerda la importancia de no confundir las Obras Mi-

dos los bautizados, no sólo y exclusivamente de los que son enviados a la misión”. José María habla también del desafío de “promover esa cultura misionera entre los bautizados”. En esta línea, asevera que es una alegría muy grande poder ofrecer al Santo Padre una cantidad grande de dinero para atender los territorios de misión. “Pero es una alegría mayor aún, poder decir al Santo Padre que este año han sido envia-



sionales Pontificias con una ONG o una Fundación. “Las OMP son una red mundial que, en nombre del Santo Padre, sostiene a la misión y a las Iglesias jóvenes con la oración y la caridad. Las OMP son la institución que tiene el Papa y la Iglesia para recordar a todos los bautizados que todos los creyentes somos misioneros, que la vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación a la evangelización” y que la evangelización es “responsabilidad de to-

dos a la misión desde España 5 sacerdotes, 20 religiosas y otros 20 seglares”.

El mayor desafío es - añade - promover la vocación misionera. José María está convencido de que, si los cristianos tuviéramos una verdadera conciencia de apóstoles “daríamos la vuelta a esta sociedad secularizada y ambigua y veríamos como surgirían con mucha fuerza vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada, a la misión y al matrimonio cristiano”.

EN RECUERDO DEL PAPA FRANCISCO



Santa María la Mayor recuerda a Francisco en el primer aniversario de su fallecimiento

LORENA PACHO



La Basílica de Santa María la Mayor celebró el primer aniversario de la muerte del Papa Francisco con el rezo del Rosario y una misa en la que se leyó un mensaje del Papa León XIV. Mientras fieles de todo el mundo visitan su tumba y recuerdan su legado.

Un año después de su fallecimiento, el legado del Papa Francisco permanece vivo en la memoria de los miles de fieles que llegan hasta la basílica de Santa María la Mayor, en el corazón de Roma, para visitar su tumba.

Este martes, en el primer aniversario de la muerte del pontífice argentino, el templo romano dedicado a la Virgen María, con el que Papa Francisco mantuvo un vínculo muy especial a lo largo de su pontificado, volvió a convertirse en un lugar de oración y memoria para recordarlo.

Una placa en señal de la devoción de Francisco por el templo

Allí se celebraron el rezo del rosario y una misa en su sufragio, presidida por el decano del Colegio Cardenalicio, el cardenal Giovanni Battista Re, que leyó un mensaje del papa León XIV en recuerdo de su predecesor. También se inauguró una placa conmemorativa que recuerda las 126 visitas que Francisco realizó al templo para rezar, sobre todo antes y después de cada viaje apostólico. Una inscripción en bronce escrita en

latín deja constancia de su devoción por esta basílica: “Francisco, Sumo Pontífice, que se detuvo 126 veces en devota oración a los pies de la Salus Populi Romani, por su propia voluntad descansa en esta Basílica Papal, el 26 de abril de 2026, primer aniversario de su muerte”.

Un recuerdo del Papa León XIV

Durante la celebración, el cardenal Re leyó un mensaje enviado por el Papa León XIV, quien se encuentra en Guinea Ecuatorial, a punto de concluir su gira por el continente africano. En la misiva, el Pontífice destacó el papel histórico de su predecesor en la Iglesia contemporánea: “Fue sucesor de Pedro y pastor de la Iglesia universal en un tiempo que marcó y aún está marcando un cambio de época, ese cambio del cual él fue plenamente consciente, ofreciéndonos a todos un testimonio valiente, que representa un significativo patrimonio para la Iglesia”.

El Papa puso en valor el magisterio de Francisco, al que describió como un “discípulo-misionero”, y recordó algunas de las expresiones que marcaron su pontificado, como la idea de los pastores con “olor a oveja”, su imagen de la Iglesia como “hospital de campaña” y su insistente llamada a llevar la misericordia “a todos, a todos, a todos”.

Oración ante la sepultura

Tras la misa, los cardenales se congregaron ante la tumba decorada hoy con flores amarillas y blancas y una vela, para rezar todos juntos ante su sepultura.

La tumba Francisco se encontraba bajo la vigilancia discreta de dos miembros de la Guardia Suiza Pontificia, que custodiaban en actitud solemne ambos lados del sepulcro en señal de respeto y cumpliendo su misión histórica de protección de los pontífices. Los acompañaban dos gendarmes del Estado de la Ciudad del Vaticano.

El homenaje a Francisco reunió a cardenales, obispos, religiosos y decenas de fieles, que siguieron la ceremonia tanto desde el interior del templo, que se llenó pronto, como desde el exterior, a través de una pantalla gigante.

Gran afluencia de fieles para recordar a Francisco

En la basílica de Santa María la Mayor suele registrarse normalmente una elevada afluencia de peregrinos procedentes de todo el mundo, una presencia que se ha intensificado especialmente en los días cercanos al aniversario de la muerte de Papa Francisco, cuando se ha multiplicado el número de fieles que acuden a rezar ante su tumba. Muchos le agradecen su intercesión, su legado, sus enseñanzas. Algunos se arrodillan para rezar, otros dejan alguna flor, como los hinchas del equipo de fútbol argentino San Lorenzo de Almagro, del que el Pontífice era aficionado, otros simplemente se recogen en silencio. En el ambiente se percibe un profundo respeto y devoción.

En un clima de recogimiento y solemnidad litúrgica, se ha evocado la figura de un pastor que eligió estar cerca de los últimos



El homenaje a Francisco reunió a cardenales, obispos, religiosos y decenas de fieles, que siguieron la ceremonia tanto desde el interior del templo, que se llenó pronto, como desde el exterior, a través de una pantalla gigante



y que, hasta el final de su vida, quiso dejar como legado un mensaje de misericordia.

Un mensaje de amor

Rafael Montenegro Marín, científico costarricense que actualmente reside en Londres, destaca la huella que Francisco dejó en su vida: “He venido por una conferencia y decidí pasar por aquí; mi madre me pidió que le rezara para que intercediera por la familia”, explica a los Medios Vaticanos. Recuerda al Pontífice fallecido como una figura decisiva para la Iglesia actual: “Fue un Papa diferente, acercó la Iglesia a los jóvenes, eso tiene que continuar. Siempre impulsó un mensaje de amor, que nos hace mucha falta, para quitar tanto miedo y reemplazarlo por ese amor que él logró expresar y transmitir”.

“Fue un Papa muy querido”, concluye junto a la sepultura.

Carlos Ulloa, periodista mexicano, ha visitado por primera vez la tumba del pontífice en este aniversario de su fallecimiento. Lo conoció en la Jornada Mundial de la Juventud de 2023 en Lisboa y lo recuerda como “un pastor cercano”: “Era Papa muy humano. Para los jóvenes su mensaje principal fue claro, directo y sencillo: ‘Dios te ama’”. Destaca también el esfuerzo constante de Francisco por acercar a los jóvenes a la Iglesia: “Buscaba que regresáramos, que entendiéramos que la Iglesia es para todos”. Y añade: “Hay mucha gente que lo visita, que reza por él, que lo sigue teniendo presente. Se ganó el cariño de la gente por lo humano que fue”.

Su magisterio sigue muy presente en los fieles. “Siempre sentí que no te miraba desde arriba, sino a la misma altura. Venir aquí es como agradecerle todo lo que nos dejó en el corazón”, apunta María Fernanda Hernández, peregrina colombiana.

“Nos enseñó a mirar a los pobres con ternura y misericordia y no con distancia. Su forma de hablar era sencilla, pero muy profunda. Sigue acompañándonos incluso después de su muerte”, afirma Clara Tejeira, turista española.

“Hablaba de fraternidad, de no excluir a nadie. Eso me ayudó mucho en mi vida. Hoy vengo a rezar por él como él rezaba por todos”, indica Emidio Rodríguez, peregrino chileno. “El mensaje del papa Francisco fue de unidad, de humildad y de amor”, afirma Irene Rubio, una turista española que lo recuerda como un pontífice cercano, capaz de “transmitir esperanza a personas de todo el mundo”.



85 mil personas celebran la Resurrección en la madrileña plaza de Cibeles

ROCÍO LANCHO GARCÍA

“Hacen falta jóvenes que no se avergüencen del Evangelio, comunidades que irradian esperanza, testigos capaces de hacer presente al Señor en cada ambiente, vidas encendidas que hagan visible la belleza de la fe”. Estas palabras del Santo Padre León XIV resonaron en la madrileña plaza de Cibeles, la tarde del sábado 10 de abril, leídas por el arzobispo

cardenal José Co-bo. 85 personas de todas las edades se reunieron para celebrar con música y oración, la IV Fiesta de la Resurrección. Se trata del cuarto año consecutivo que la Asociación Católica de Propagandistas, una asociación de fieles laicos con vocación de evangelizar en la vida pública, organiza es-



León XIV bendice la primera piedra del centro dedicado a Francisco en un hospital romano

El papa León XIV bendijo el lunes 27 la primera piedra del futuro “Centro CUORE - Papa Francisco”, el nuevo centro del Policlínico Gemelli de Roma que estará dedicado al tratamiento de enfermedades cardiovasculares.

La estructura, cuyo acrónimo técnico es “Cuore” (corazón en italiano) responde a “Cardiovascular Unique Offer ReEngineered”, nace con el objetivo de implementar un modelo organizativo “centrado en la persona”, tal y como explicó el pontífice durante el rito de bendición.

El acto se celebró en el Palacio Apostólico, donde León XIV

recibió a representantes de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, institución a la que pertenece el hospital.

En su discurso, el Papa subrayó que este enfoque coincide con la última encíclica de su predecesor, *Dilexit nos*, en la que Francisco define el corazón como el “centro y síntesis de la persona humana”.

El nuevo centro rinde homenaje al papa Francisco, que fue ingresado en el Gemelli hasta en cuatro ocasiones entre 2021 y 2025, la última en febrero del año pasado, cuando permaneció algo más de un mes hospitalizado.

te evento, que tal y como explican los organizadores, “es una fiesta abierta a todos”, “para celebrar la alegría de la Resurrección”.

En el mensaje que el Pontífice envió a los presentes, recordaba que “es bueno y necesario que la Pascua encuentre también un lenguaje de música, de encuentro y de gozo compartido”. Y aseguraba que “desearía que la existencia misma de los cristianos se convirtiera en un concierto, en una gran armonía de fe, de unidad, de comunión y de caridad, capaz de anunciar al mundo que Cristo vive”. Finalmente, León XIV se despedía dándoles cita en esa misma plaza en su próximo viaje a España a Madrid en el mes de junio: “mientras llega el momento de encontrarnos en Cibeles, os pido: no dejéis pasar el presente; rezad, buscad a Cristo de verdad; no os conforméis con lo mínimo, porque la vida, con Cristo, vale la pena”. Las palabras del Papa fueron recibidas con en gran aplauso por parte de los presentes, y vítores de “¡esta es la juventud del Papa!”

Miles de personas, familias enteras, bebés en carritos, niños a hombros de sus padres, grupos de

jóvenes y adolescentes y adultos, personas mayores en sillas de ruedas, sacerdotes y religiosas... Todos reunidos en un momento de celebración, alegría y oración. Oración también por la paz, como recordó en varios momentos el presentador del concierto, el periodista Javi Nieves, uniéndose a la convocatoria del Papa en la basílica de San Pedro a esa misma hora. “Vamos a pedir que quien tiene el poder de parar las guerras

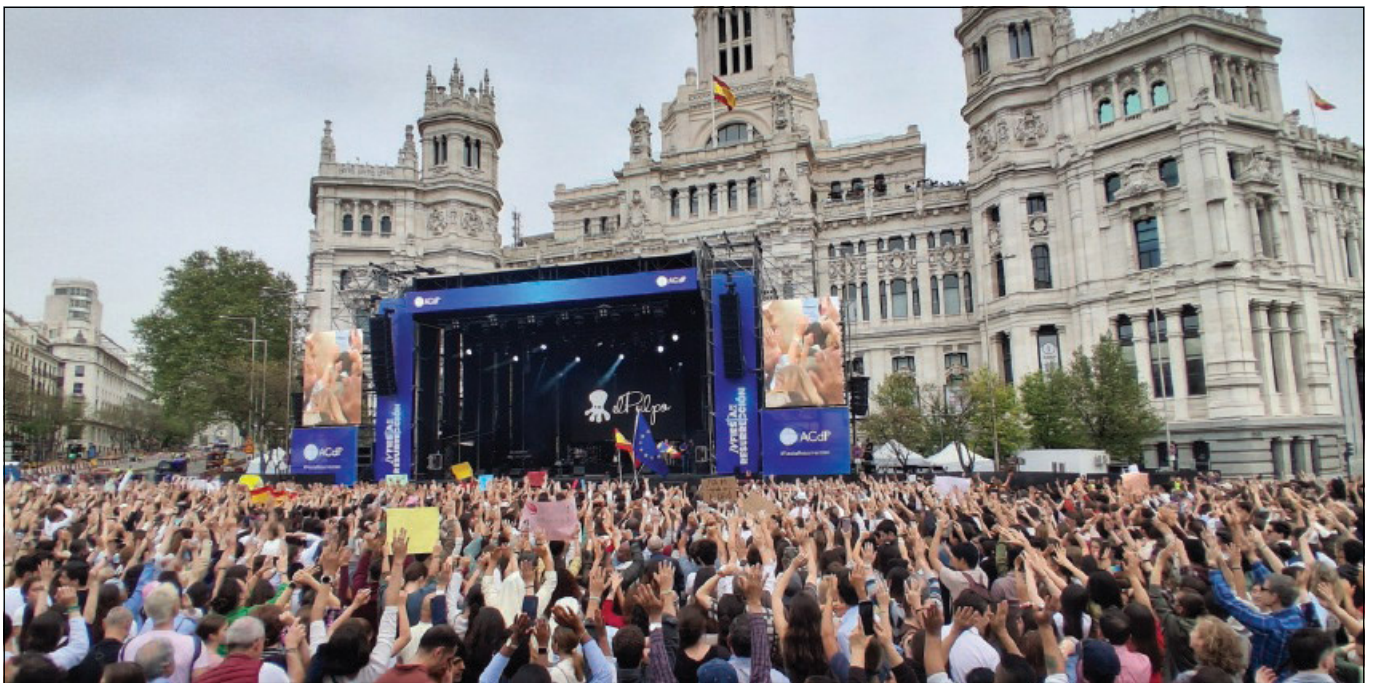
bién entre las actuaciones de los distintos artistas que se exhibieron, poniendo a bailar a jóvenes y mayores, con música actual y temas de los ochenta. El concierto, además, contó con la actuación del joven Ángel Catela, interpretando Gólgota, canción con la que ha resultado ganador del concurso Música y Fe, que este año la ACdP ha organizado por segunda vez.

Luego llegó el turno de los Gipsy

de la rumba de canciones como “Bamboleo” y “Volare”.

Presente también en el escenario Liz Mitchell, cantante de Boney M, grupo alemán de música disco que en los años 70 y 80 vendieron millones de discos en todo el mundo. Este sábado en Madrid, los allí congregados corearon sus canciones, como la conocida “Rasputin”.

Finalmente llegó el turno de Haku Group Music, grupo católi-



lo haga con contundencia”, dijo el periodista.

A las 17.30 se abrieron las puertas y cientos de personas corrieron para poder ver el concierto desde las primeras filas. Pero durante todo el tiempo que duró el evento, hasta las 10 de la noche, la plaza seguía llenándose de personas que llegaban para unirse a esta celebración de la fe y la alegría de la Resurrección.

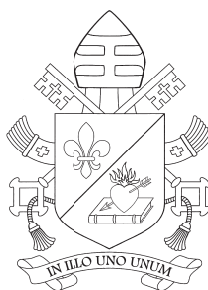
DJ Pulpo fue encargado de abrir el concierto, y amenizarlo tam-

Kings, conocido grupo a nivel internacional. André Reyes, fundador de la banda, reconoció el día anterior en rueda de prensa que para ellos era muy importante “estar aquí hoy”. “Dios es muy importante en nuestra vida, somos católicos, la Palabra de Dios es muy importante, lo tenemos en el corazón”. Sus éxitos musicales, conocidos desde hace décadas en todo el mundo, provocaron alegría en Cibeles, y todos bailaron, cantaron y dieron palmas al ritmo

co formado por un gran número de chicos y chicas jóvenes que en España está teniendo mucho éxito en los últimos años. Cibeles los recibió con gran entusiasmo, y sus canciones se convirtieron en un momento de oración y alabanza. El momento culmen llegó con la conocida y tradicional Salve Rociera. Una plaza en la que ya había caído la noche, iluminada por las luces de los móviles, coreó este himno de acción de gracias a María, a la Virgen del Rocío.



Una
mirada a las
intervenciones
del
Papa
León XIV



AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro. Miércoles, 1 de abril de 2026

Piedras vivas en la Iglesia y testigos en el mundo: los laicos en el pueblo de Dios

Hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Seguimos nuestro camino de reflexión sobre la Iglesia como se nos presenta en la Constitución conciliar *Lumen gentium* (LG). Hoy afrontamos el cuarto capítulo, que trata sobre los laicos. Todos recordamos lo que al Papa Francisco le gustaba repetir: «Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 102).

Esta sección del Documento se preocupa de explicar en positivo la naturaleza y la misión de los laicos, después de siglos en los que habían sido definidos simplemente como aquellos que no forman parte de los clérigos o de los consagrados. Por esto me gusta releer con vosotros un pasaje muy hermoso, que habla de la grandeza de la condición cristiana: «Por tanto, el Pueblo de Dios, por Él elegido, es uno: ‘un Señor, una fe, un bautismo’ (Ef 4,5). Es común la dignidad de los miembros, que deriva de su regeneración en Cristo; común la gracia de la filiación; común la llamada a la perfección: una sola salvación, única la esperanza e indivisa la caridad» (LG, 32).

Antes que cualquier diferencia de ministerio o de estado de vida, el Concilio afirma la igualdad de todos los bautizados. La Constitución no quiere

que se olvide lo que ya había afirmado en el capítulo sobre el pueblo de Dios, es decir que la condición del pueblo mesiánico es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios (cfr LG, 9).

Naturalmente, cuanto más grande es el don, más grande también es el compromiso. Por esto el Concilio, junto con la dignidad, subraya también la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. ¿Pero dónde se funda esta misión y en qué consiste? Nos lo dice la descripción misma de los laicos que el Concilio se propone: «Con el nombre de laicos se designan aquí todos los fieles cristianos [...] que, en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde» (LG, 31).

El pueblo santo de Dios, por tanto, nunca es una masa informe, sino el cuerpo de Cristo o, como decía san Agustín, el *Christus totus*: es la comunidad orgánicamente estructurada, en virtud de la relación fecunda entre sus formas de participación al sacerdocio de Cristo: sacerdocio común de los fieles y sacerdocio ministerial (cfr LG, 10). En virtud del Bautismo, los fieles laicos participan al mismo sacerdocio de Cristo. De hecho, «Cristo Jesús, supremo y eterno Sacerdote, quiere continuar su testimonio y su servicio por medio de los laicos, los vivifica con su Espíritu y los impulsa sin cesar a toda obra buena y perfecta» (LG, 34).

¿Cómo no recordar, en este sentido, a san Juan Pablo II y su exhortación apostólica *Christifide-*

les laici (30 de diciembre de 1988)? En ella él subrayaba que «el Concilio, con su riquísimo patrimonio doctrinal, espiritual y pastoral, ha reservado páginas verdaderamente espléndidas sobre la naturaleza, dignidad, espiritualidad, misión y responsabilidad de los fieles laicos. Y los Padres conciliares, haciendo eco al llamamiento de Cristo, han convocado a todos los fieles laicos, hombres y mujeres, a trabajar en la viña» (n. 2). De este modo, mi venerado predecesor relanzaba el apostolado de los laicos, a quienes el Concilio había dedicado un Documento específico, del que hablaremos más adelante. [1]

El amplio campo del apostolado laical no se limita al espacio de la Iglesia, sino que se amplía al mundo. La Iglesia, de hecho, está presente en todos los lugares donde sus hijos profesan y testimonian el Evangelio: en los ambientes de trabajo, en la sociedad civil y en todas las relaciones humanas, allá donde ellos, con sus elecciones, muestran la belleza de la vida cristiana, que anticipa aquí y ahora la justicia y la paz que serán plenas en el Reino de Dios. El mundo necesita que «se impregne del espíritu de Cristo y alcance su fin con mayor eficacia en la justicia, en la caridad y en la paz» (LG, 36). ¡Y esto es posible solamente con la contribución, el servicio y el testimonio de los laicos!

Es la invitación a ser esa Iglesia “en salida” de la que nos ha hablado el Papa Francisco: una Iglesia encarnada en la historia, siempre abierta a la misión, en la que todos estamos llamados a ser discípulos-misioneros, apóstoles del Evangelio, testigos del Reino de Dios, ¡portadores de la alegría del Cristo que hemos encontrado!

Hermanos y hermanas, ¡la Pascua que nos preparamos a celebrar renueve en nosotros la gracia de ser, como María Magdalena, como Pedro y Juan, testigos del Resucitado!

[1] Cfr Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Apostolicam actuositatem* (18 de noviembre 1965).

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los jóvenes venidos de distintas partes del mundo para participar en el Encuentro internacional UNIV 2026. Pidamos al

Señor Jesús que el misterio pascual, que nos disponemos a celebrar en estos días santos, renueve nuestro compromiso bautismal, impulsándonos a ser alegres testigos de su resurrección. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro. Miércoles, 8 de abril de 2026

La santidad y los consejos evangélicos en la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

La Constitución del Concilio Vaticano II *Lumen gentium* (LG) sobre la Iglesia dedica todo un capítulo, el quinto, a la universal vocación a la santidad de todos los fieles: cada uno de nosotros está llamado a vivir en la gracia de Dios, practicando las virtudes y conformándose a Cristo. La santidad, según la Constitución conciliar, no es un privilegio para unos pocos, sino un don que compromete a todo bautizado a tender a la perfección de la caridad, es decir, a la plenitud del amor hacia Dios y hacia el prójimo. La caridad es, de hecho, el corazón de la santidad a la que todos los creyentes están llamados: infundida por el Padre, mediante el Hijo Jesús, esta virtud «rige todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin» (LG, 42). El nivel más alto de la santidad, como en el origen de la Iglesia, es el martirio, «supremo testimonio de fe y de caridad» (LG, 50): por este motivo, el texto conciliar enseña que todo creyente debe estar dispuesto a confesar a Cristo hasta el derramamiento de sangre (cf. LG, 42), como siempre ha sucedido y sucede también hoy. Esta disposición para el testimonio se hace realidad cada vez que los cristianos dejan señales de fe y de amor en la sociedad, comprometiéndose por la justicia.

Todos los sacramentos, de forma emitente la Eucaristía, son alimento que hace crecer una vida santa, asimilando cada persona a Cristo, modelo y medida de la santidad. Él santifica la Iglesia, de la cual es Cabeza y Pastor: la santidad es, en esta

óptica, un don suyo, que se manifiesta en nuestra vida cotidiana cada vez que lo acogemos con alegría y le correspondemos con compromiso. A este respecto, San Pablo VI, en la Audiencia general del 20 de octubre de 1965, recordaba que la Iglesia, para ser auténtica, quiere que todos los bautizados deban «ser santos, es decir, verdaderamente sus hijos dignos, fuertes y fieles». Esto se realiza como una transformación interior, por lo que la vida de cada persona se conforma a Cristo en virtud del Espíritu Santo (cf. Rm 8,29; LG, 40).

La *Lumen gentium* describe la santidad de la Iglesia católica como una de sus características constitutivas, que debe acogerse en la fe, en cuanto se cree que es «indefectiblemente santa» (LG, 39): eso no significa que lo sea de forma plena y perfecta, sino que está llamada a confirmar este don divino durante su peregrinaje hacia la meta eterna, caminando «entre las persecuciones del mundo y las consolaciones de Dios» (S. Agustín, *De civ. Dei* 51,2; LG, 8).

La triste realidad del pecado en la Iglesia, es decir, en todos nosotros, invita a cada uno a emprender un serio cambio de vida, encomendándonos al Señor, que nos renueva en la caridad. Precisamente esta gracia infinita, que santifica la Iglesia, nos confía una misión que debemos cumplir día tras día: la de nuestra conversión. Por eso, la santidad no tiene solamente una naturaleza práctica, como si se pudiera reducir a un compromiso ético, por grande que sea, sino que concierne a la esencia misma de la vida cristiana, personal y comunitaria.

En esta perspectiva, un papel decisivo lo asume la vida consagrada, que se aborda en el capítulo sexto de la Constitución conciliar (cf. nn. 43-47). En el pueblo santo de Dios, esta constituye una señal profética del mundo nuevo, experimentado en el aquí y el ahora de la historia. De hecho, señales del Reino de Dios, ya presente en el misterio de la Iglesia, son aquellos consejos evangélicos que dan forma a toda experiencia de vida consagrada: la pobreza, la castidad y la obediencia. Estas tres virtudes no son prescripciones que encadenan la libertad, sino dones liberadores del

Espíritu Santo, a través de los cuales algunos fieles se consagran totalmente a Dios. La pobreza expresa la plena entrega a la Providencia, liberando del cálculo y del interés; la obediencia tiene como modelo la entrega de sí mismo que Cristo hizo al Padre, liberando de la desconfianza y del dominio; la castidad es la entrega de un corazón íntegro y puro en el amor, al servicio de Dios y de la Iglesia.

Conformándose a este estilo de vida, las personas consagradas dan testimonio de la vocación universal a la santidad en toda la Iglesia, en la forma de un seguimiento radical. Los consejos evangélicos manifiestan la participación plena en la vida de Cristo, hasta la cruz: ¡es precisamente por el sacrificio del Crucificado que todos somos redimidos y santificados! Contemplando este evento, sabemos que no hay experiencia humana que Dios no redima: incluso el sufrimiento, vivido en unión con la pasión del Señor, se convierte en una vía de santidad. La gracia que convierte y transforma la vida nos refuerza así en toda prueba, indicándonos como meta no un ideal lejano, sino el encuentro con Dios, que se hizo hombre por amor. Que la Virgen María, Madre toda santa del Verbo encarnado, sostenga y proteja siempre nuestro camino

Llamamiento

Tras estas últimas horas de gran tensión para Oriente Medio y para todo el mundo, acojo con satisfacción y como señal de viva esperanza el anuncio de una tregua inmediata de dos semanas. Solo mediante la vuelta a las negociaciones se puede llegar al final de la guerra.

Exhorto a acompañar este tiempo de delicado trabajo diplomático con la oración, auspiciando que la disponibilidad al diálogo pueda convertirse en el instrumento para resolver el resto de situaciones de conflicto en el mundo.

Renuevo para todos la invitación a unirse a mí en la Vigilia de oración por la paz que celebraremos aquí en la Basílica de San Pedro el sábado 11 de abril.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos a la Bienaventurada Virgen María, Reina de todos los Santos, que interceda por nosotros, para que seamos perseverantes y alegres en el camino de la santidad, dando testimonio cada día de nuestra fe en Cristo resucitado. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

DISCURSO A LOS ATLETAS DE LOS JUEGOS
OLÍMPICOS Y PARALÍMPICOS DE MILÁN-CORTINA
2026

Sala Clementina. Jueves, 9 de abril de 2026

Nadie gana solo

Eminencia, Excelencias, señor ministro, representantes del deporte italiano, queridos atletas y queridas atletas, los recibo con alegría, poco después de la conclusión de los Juegos de Invierno de Milán-Cortina, que han difundido al mundo, junto con competiciones del más alto nivel, también un noble mensaje humano, cultural y espiritual.

Expreso mi gratitud al Dicasterio para la Cultura y la Educación, que, junto con Athletica Vaticana, se ha encargado de la preparación de este nuestro encuentro. Agradezco sus palabras al presidente Luciano Buonfiglio, del Comité Olímpico Nacional Italiano (CONI), y al presidente Marco Giunio De Sanctis, del Comité Paralímpico Italiano (CIP).

Deseo incluir a todos ustedes en este agradecimiento: gracias por lo que han testimoniado. En verdad, el deporte, cuando se vive de manera auténtica, no es solo una actuación: es una forma de lenguaje, una historia hecha de gestos, de esfuerzo, de expectativas, de caídas y de nuevos comienzos. Durante los Juegos hemos visto no solo cuerpos en movimiento, sino historias: historias de sacrificio, de disciplina, de tenacidad. En particular, en las competiciones paralímpicas hemos observado cómo el límite puede convertirse en un lugar de revelación: no algo que obstaculiza a la persona, sino que puede transformarse, incluso transfigurarse en cualidades renovadas. Ustedes,

los atletas, se han convertido en biografías que inspiran a muchísimas personas.

En segundo lugar, su espíritu de equipo nos recuerda que nadie gana solo, porque detrás de cada victoria hay muchas personas involucradas, desde la familia hasta los equipos, además de muchos días de entrenamiento, de presión y de soledad. A menudo es precisamente en estos momentos cuando Dios se revela, como canta el salmista: «Me hiciste dar largos pasos, y no se doblaron mis tobillos» (Sal 18,37).

El deporte, de hecho, contribuye a la maduración de nuestro carácter, exige una espiritualidad firme y es una forma fecunda de educación. A través del deporte se aprende a conocer el propio cuerpo sin idolatrarlo, a controlar las emociones, a competir sin perder el sentido de la fraternidad, a aceptar la derrota sin desesperación y la victoria sin arrogancia.

Al entrenar la mente, junto con los miembros, el deporte es auténtico cuando se mantiene humano, es decir, cuando permanece fiel a su vocación primera: ser escuela de vida y de talento. Una escuela en la que se aprende que el verdadero éxito se mide por la calidad de las relaciones: no por la cantidad de premios, sino por el aprecio mutuo, por la alegría compartida en el juego.

Esta es la «vida en abundancia» (cf. Jn 10,10) de la que habla el Evangelio: una vida llena de sentido, una vida en la que la corporeidad y la interioridad encuentran armonía. He aquí la razón por la que elegí esta expresión evangélica como título de la Carta que escribí precisamente con motivo del inicio de los Juegos Olímpicos y Paralímpicos (cf. La vida en abundancia, 6 de febrero de 2026).

En la época actual, tan marcada por polarizaciones, rivalidades y conflictos que desembocan en guerras devastadoras, su compromiso adquiere un valor aún mayor: ¡el deporte puede y debe convertirse verdaderamente en un espacio de encuentro! No una exhibición de fuerza, sino un ejercicio de relación. He querido recordar, con motivo de estos Juegos, el valor de la tregua olímpica. Ustedes, con su presencia, han hecho visible esta posibilidad de paz como una profecía

nada retórica: romper la lógica de la violencia para promover la del encuentro.

Al mismo tiempo, sabemos bien que el deporte también conlleva tentaciones: la del rendimiento a cualquier precio, que puede conducir hasta el dopaje. La del lucro, que transforma el juego en mercado y al deportista en un divo. La de la espectacularización, que reduce al atleta a una imagen o a un número. Contra estas derivas, su testimonio es esencial.

Queridos atletas, ustedes han sido testigos de una forma honesta y hermosa de habitar el mundo. Llevan consigo la idea de que se puede competir sin odiarse. De que se puede ganar sin humillar. De que se puede perder sin perderse a uno mismo. Y esto vale también más allá del deporte. Válido en la vida social, en la política, en las relaciones entre los pueblos. Porque el deporte, si se vive bien, se convierte en un laboratorio de humanidad reconciliada, donde la diversidad no es una amenaza, sino una riqueza. En una época de grandes desafíos climáticos, estos Juegos nos recuerdan también el vínculo entre el deporte y la naturaleza y nuestro deber de cuidar la casa común (cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si'*, 3).

Hoy, en esta Sala, contemplamos la Cruz de los Deportistas –la Cruz olímpica y paralímpica– que, desde los Juegos de Londres 2012 hasta los de Milán-Cortina, recoge las oraciones, las expectativas y las esperanzas, los temores y los sufrimientos de las mujeres y los hombres que, a cualquier edad, comparten sus experiencias deportivas. Ante este signo supremo y esencial de dedicación, renovemos el deseo de dar lo mejor de nosotros mismos, juntos, en cada actividad.

Queridos atletas, les agradezco a todos por su compromiso. Ruego para que Jesucristo, el «verdadero atleta de Dios» (cf. San Juan Pablo II, Homilía en el Jubileo de los deportistas, 29 de octubre de 2000, 4), inspire a cada uno de ustedes desafíos cada vez más virtuosos y les conceda la fuerza para vivirlos con pasión. Mientras los acompaño con mi bendición, les encomiendo una misión: seguir velando por que la persona permanezca en el centro del deporte en todas sus expresiones (cf. Carta *La vida en abundancia*).

¡Muy bien! ¡Felicitaciones a todos ustedes y bienvenidos!

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS
DIRECTIVOS Y AL PERSONAL DEL INSTITUTO
NACIONAL DE LA PREVISIÓN Y SEGURIDAD SOCIAL
(INPS)

Sala Clementina. Viernes, 10 de abril de 2026

El bienestar social debe contrarrestar la injusticia con una distribución justa de la riqueza

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

¡Buenos días a todos, bienvenidos!

Saludo al presidente, a los directivos y a todos ustedes, empleados del Instituto Nacional de Previsión Social, incluidos aquellos que se conectan a través de Internet desde las sedes locales. El suyo es un papel social e institucional importante, que los llama a hacerse cargo de las necesidades de muchas personas vulnerables a través de mecanismos de distribución equitativa de la riqueza, con especial atención a las situaciones críticas. Esto les brinda la oportunidad de actuar de manera eficaz en la promoción de una responsabilidad social que combine el desarrollo económico y la cohesión comunitaria, orientando las decisiones hacia el bien común.

En el mundo hay, en conjunto, mucha riqueza; sin embargo, el número de pobres aumenta. Muchos cientos de millones de personas en todo el planeta viven sumidas en la pobreza extrema y carecen de alimentos, vivienda, asistencia médica, escuelas, electricidad, agua potable y servicios sanitarios indispensables. Y, sin embargo, hay riquezas desproporcionadas que permanecen en manos de unos pocos. Es un escenario injusto, ante el cual no podemos dejar de cuestionarnos y comprometernos a cambiar las cosas. No existe un determinismo que nos condene a la desigualdad. En la base de las disparidades no hay una

falta de recursos, sino la necesidad de abordar problemas resolubles relacionados con una distribución más equitativa de los mismos, que debe realizarse con sentido moral y honestidad.

En este contexto, la respuesta a las necesidades concretas de las personas ha sido siempre el centro de la atención de la Iglesia Católica, tanto en lo que respecta al mundo laboral como a la ayuda a los necesitados.

El Papa León XIII, en particular, refiriéndose a la condición de los trabajadores, recordó explícitamente la importancia de la previsión y la asistencia social, para «velar por que al obrero nunca le falte trabajo, y haya fondos disponibles para socorrer a cada uno, no solo en las crisis repentinas e inesperadas de la industria, sino también en los casos de enfermedad, vejez o accidente» (Carta encíclica *Rerum novarum*, 43). Y en cuanto al apoyo a los más débiles, decía: «Si alguna familia se encuentra por casualidad en tan graves dificultades que por sí misma no le es posible salir de ellas, es justo en tales circunstancias la intervención de los poderes públicos, ya que cada familia es parte del cuerpo social» (ibíd., 11).

En tiempos más recientes, la atención de la Iglesia por el modelo del Estado social se encuentra en las encíclicas de San Juan XXIII *Mater et Magistra* (1961) y *Pacem in terris* (1963), donde el derecho al bienestar se eleva expresamente al rango de derecho humano, como derecho «a la seguridad en caso de enfermedad, invalidez, viudez, vejez, paro y, por último, cualquier otra eventualidad que le prive, sin culpa suya, de los medios necesarios para su sustento» (Carta enc. *Pacem in terris*, 6). En la misma línea magisterial se sitúan la *Populorum progressio* de San Pablo VI, la *Laborem exercens*, la *Sollicitudo rei socialis* y la *Centesimus annus* de San Juan Pablo II —en esta última encontramos, entre otras cosas, una crítica al asistencialismo (cf. n. 48)—, así como la *Caritas in veritate* de Benedicto XVI.

Este recorrido desemboca luego en el magisterio social del Papa Francisco, en particular en la encíclica *Fratelli tutti*, donde el Estado de bienestar se erige en auténtico derecho universal (cfr. n. 110).

El modelo propuesto es el de un sistema de seguridad solidaria, basado en los principios de subsidiariedad, responsabilidad social y fraternidad humana, siempre con el fin de orientar la intervención asistencial para permitir a todos «una vida digna a través del trabajo» (Francisco, Carta enc. *Laudato si'*, 128).

Así se expresa, al respecto, el Compendio de la doctrina social de la Iglesia: «El principio de la solidaridad implica que los hombres de nuestro tiempo cultiven aún más la conciencia de la deuda que tienen con la sociedad en la que están insertos [...]. Semejante deuda se salda con las diversas manifestaciones de la actuación social, de manera que el camino de los hombres no se interrumpa, sino que permanezca abierto para las generaciones presentes y futuras, llamadas unas y otras a compartir, en la solidaridad, el mismo don» (n.º 195).

En este ámbito, en Italia, sin duda debe reconocerse un papel protagonista a su Instituto, que orienta su labor en diversas direcciones, aplicando políticas de previsión generativas y de desarrollo social efectivo, a partir de la protección de los más débiles y de la inversión en los jóvenes. Por ello, aun ante la necesidad de garantizar la sostenibilidad del sistema, su compromiso debe estar siempre orientado también a salvaguardar su tejido solidario y su equidad, tanto en el ámbito de las pensiones como en el acompañamiento del trabajador a lo largo de su trayectoria profesional.

Los escenarios típicos del trabajo del siglo XX han cambiado. Las causas son múltiples: la financiarización de la empresa, la externalización de la producción a escala mundial, los altos costos laborales y, sobre todo, el vertiginoso desarrollo tecnológico, con el fuerte impacto de la inteligencia artificial, que aún debe analizarse y evaluarse en sus múltiples —y en parte inexploradas— facetas. Las trayectorias laborales, que durante mucho tiempo fueron en su mayoría lineales, con puestos de trabajo ocupados a menudo durante toda la vida, se caracterizan ahora por una mayor precariedad y variabilidad, con el crecimiento de modelos de trabajo de duración determinada, a

tiempo parcial, de trabajo temporal, a demanda, a menudo autónomos, en las formas más variadas e híbridas. De ello se derivan nuevas necesidades, con nuevas responsabilidades para el Estado y para el individuo (cf. Benedicto XVI, Carta enc. Caritas in veritate, 58), cuya satisfacción no puede dejar de involucrar a las entidades de seguridad social, y al INPS en particular.

Por ello, quisiera concluir recordando las palabras que el Papa Francisco dirigió a los directivos y empleados de su Instituto hace poco más de diez años: «No olviden al hombre: éste es el imperativo. Amar y servir al hombre con conciencia, responsabilidad y disponibilidad. Trabajar por quienes trabajan, y no menos importante, por quienes desearían hacerlo y no pueden. [...] Apoyar a los más débiles, para que a nadie le falte la dignidad y la libertad de vivir una vida auténticamente humana» (Discurso a los directivos y empleados del INPS, 7 de noviembre de 2015).

Queridísimos, ¡les deseo todo lo mejor en su labor! Les aseguro a ustedes y a sus familias que los tengo presentes en mis oraciones, mientras les imparto de corazón mi bendición.

ORACIÓN DEL SANTO ROSARIO PARA INVOCAR
LA PAZ. VIGILIA DE ORACIÓN PRESIDIDA POR EL
SANTO PADRE LEÓN XIV

Basílica de San Pedro. Sábado, 11 de abril de 2026

“¡Deténganse! ¡Es tiempo de paz!”

Reflexión del Santo Padre León XIV en la Vigilia de oración por la paz

Queridos hermanos y hermanas:

La oración de ustedes es expresión de esa fe que, según la palabra de Jesús, mueve montañas (cf. Mt 17,20). Les agradezco por haber aceptado esta invitación, reuniéndose aquí, junto a la tumba de san Pedro, y en otros tantos lugares del mundo para invocar la paz. La guerra divide, la esperanza une. La prepotencia pisotea, el amor levanta. La idolatría ciega, el Dios vivo ilumina. Basta un poco de fe, una pizca de fe, queridos hermanos,

para afrontar juntos, como humanidad y con humanidad, esta hora dramática de la historia. La oración, de hecho, no es un refugio para eludir nuestras responsabilidades, no es un analgésico para evitar el dolor que desata tanta injusticia. Es, en cambio, la respuesta más gratuita, universal y disruptiva a la muerte: ¡somos un pueblo que ya resucita! En cada uno de nosotros, en cada ser humano, el Maestro interior educa a la paz, impulsa al encuentro, inspira la invocación. ¡Alcemos entonces la mirada! ¡Volvamos a levantarnos de entre los escombros! Nada puede encerrarnos en un destino ya escrito, ni siquiera en este mundo en el que las tumbas parecen no ser suficientes, porque se sigue crucificando, aniquilando la vida, sin derecho y sin piedad.

San Juan Pablo II, incansable testigo de la paz, en el contexto de la crisis iraquí de 2003 dijo conmovido: «Yo pertenezco a la generación que vivió la segunda guerra mundial y sobrevivió. Siento el deber de decir a todos los jóvenes, a los más jóvenes que yo, que no tienen esa experiencia: “¡Nunca más la guerra!”», como dijo Pablo VI en su primera visita a las Naciones Unidas. Debemos hacer todo lo posible. Sabemos muy bien que no es posible la paz a toda costa. Pero todos sabemos cuán grande es esta responsabilidad» (Ángelus, 16 marzo 2003). Esta tarde hago mío su llamamiento, tan actual.

La oración nos educa para actuar. Las limitadas posibilidades humanas se unen en la oración a las infinitas posibilidades de Dios. De este modo, pensamientos, palabras y obras rompen la cadena demoníaca del mal y se ponen al servicio del Reino de Dios; un Reino en el que no hay espada, ni drones, ni venganza, ni banalización del mal, ni lucro injusto, sino sólo dignidad, comprensión y perdón. Tenemos en esto una barrera contra ese delirio de omnipotencia que se vuelve cada vez más impredecible y agresivo a nuestro alrededor. Los equilibrios en la familia humana están gravemente desestabilizados. Incluso el Santo Nombre de Dios el Dios de la vida es arrastrado en discursos de muerte. Desaparece así un mundo de hermanos y hermanas con un solo Padre en los cielos y, como en una pesadilla nocturna, la rea-

lidad se llena de enemigos. Por todas partes se perciben amenazas, en lugar de llamadas a la escucha y al encuentro. Hermanos y hermanas, el que reza es consciente de sus propios límites, no mata ni amenaza con la muerte. En cambio, está sometido a la muerte quien ha dado la espalda al Dios vivo, para hacer de sí mismo y de su propio poder el ídolo mudo, ciego y sordo (cf. Sal 115,4-8), al cual sacrificar todo valor y pretender que el mundo entero se doblegue ante él.

¡Basta ya de la idolatría de uno mismo y del dinero! ¡Basta ya de la exhibición de la fuerza! ¡Basta ya de la guerra! La verdadera fuerza se manifiesta en el servicio a la vida. San Juan XXIII, con sencillez evangélica, escribió que la paz beneficia a todos, «es decir, a cada persona, a los hogares, a los pueblos, a la entera familia humana». Y, repitiendo las palabras categóricas de Pío XII, añadía: «Nada se pierde con la paz; todo puede perderse con la guerra» (Carta enc. *Pacem in terris*, 116).

Unamos, entonces, las energías morales y espirituales de millones, de miles de millones de hombres y mujeres, de ancianos y jóvenes que hoy creen en la paz, que hoy eligen la paz, que curan las heridas y reparan los daños causados por la locura de la guerra. Recibo muchas cartas de niños en zonas de conflicto; al leerlas se percibe, con la verdad de la inocencia, todo el horror y la inhumanidad de acciones de las que algunos adultos se jactan con orgullo. ¡Escuchemos la voz de los niños!

Queridos hermanos y hermanas, sin duda los gobernantes de las naciones tienen responsabilidades ineludibles. A ellos les gritamos: ¡deténganse! ¡Es tiempo de paz! ¡Siéntense en mesas de diálogo y de mediación!, no en mesas donde se planea el rearme y se deliberan acciones de muerte. Sin embargo, existe una responsabilidad no menos importante para todos nosotros, hombres y mujeres de tantos países diferentes: una inmensa multitud que repudia la guerra, con hechos, no sólo con palabras. La oración nos compromete a convertir lo que queda de violencia en nuestros corazones y en nuestras mentes: convirtámonos a un Reino de paz que se construye día a día, en los

hogares, en las escuelas, en los barrios, en las comunidades civiles y religiosas, quitándole terreno a la polémica y a la resignación con la amistad y la cultura del encuentro. Volvamos a creer en el amor, en la moderación, en la buena política. Formémonos y comprometámonos en primera persona, cada uno respondiendo a su propia vocación. ¡Cada uno tiene su lugar en el mosaico de la paz!

El Rosario, al igual que otras formas de oración muy antiguas, nos ha unido esta tarde en su ritmo regular, basado en la repetición; así se abre paso la paz, palabra tras palabra, gesto tras gesto, como una roca se va esculpiendo gota a gota, como en un telar el tejido avanza movimiento tras movimiento. Son los tiempos largos de la vida, signo de la paciencia de Dios. Necesitamos no dejarnos arrastrar por la aceleración de un mundo que no sabe qué persigue, para volver a servir al ritmo de la vida, a la armonía de la creación, y curar sus heridas. Como nos ha enseñado el Papa Francisco, «se necesitan artesanos de paz dispuestos a generar procesos de sanación y de reencuentro con ingenio y audacia» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 225). En efecto, «hay una “arquitectura” de la paz, donde intervienen las diversas instituciones de la sociedad, cada una desde su competencia, pero hay también una “artesanía” de la paz que nos involucra» (ibíd., 231).

Queridos hermanos y hermanas, regresemos a casa con este compromiso de orar siempre, sin cansarnos, y con una profunda conversión del corazón. La Iglesia es un gran pueblo al servicio de la reconciliación y de la paz, que avanza sin vacilar, aun cuando el rechazo de la lógica bélica puede costarle incompreensión y desprecio. Ella anuncia el Evangelio de la paz y educa a obedecer a Dios antes que a los hombres, especialmente cuando se trata de la dignidad infinita de otros seres humanos, puesta en peligro por las continuas violaciones del derecho internacional. «En todo el mundo es deseable “que cada comunidad se convierta en una ‘casa de paz’, donde aprendamos a desactivar la hostilidad mediante el diálogo, donde se practique la justicia y se preserve el perdón”. Hoy más que nunca, en efecto, es necesario

mostrar que la paz no es una utopía» (Mensaje para la LIX Jornada Mundial de la Paz, 1 enero 2026).

Hermanos y hermanas de todas las lenguas, pueblos y naciones: somos una sola familia que llora, que espera y que se levanta. “Nunca más la guerra, aventura sin retorno; nunca más la guerra, espiral de lutos y de violencia” (cf. S. Juan Pablo II, Oración por la paz, 2 febrero 1991).

Queridos hermanos, ¡la paz esté con todos ustedes! Es la paz de Cristo resucitado, fruto de su sacrificio de amor en la cruz. Por eso a Él dirigimos nuestra súplica:

Señor Jesús,

tú venciste a la muerte sin armas ni violencia: disolviste su poder con la fuerza de la paz.

Concédenos tu paz,

como a las mujeres asombradas en la mañana de Pascua,

como a los discípulos escondidos y asustados.

Envía tu Espíritu,

aliento que da vida, que reconcilia,

que convierte en hermanos y hermanas a los adversarios y enemigos.

Inspíranos la confianza de María, tu madre,

que con el corazón desgarrado estaba al pie de tu cruz,

firme en la fe de que resucitarías.

Que la locura de la guerra llegue a su fin

y que la tierra sea cuidada y cultivada por quienes todavía

saben engendrar, saben custodiar y saben amar la vida.

¡Escúchanos, Señor de la vida!

MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV CON
MOTIVO DE LA IV “FIESTA DE LA
RESURRECCIÓN”

Madrid, 11 de abril de 2026

La alegría de la Pascua es una canción que vence la resignación

Queridos amigos:

Al concluir la Octava de Pascua, deseo haceros

llegar un saludo lleno de afecto. Durante estos días, la Iglesia no ha dejado de repetir el anuncio central de su fe: ¡Cristo ha resucitado! Y esta certeza no pertenece sólo al pasado. Es una fuerza viva, capaz de renovar el corazón de las personas, reanimar la vida de la Iglesia y volver a encender en el mundo la alegría del Evangelio.

Por eso es hermoso que os hayáis reunido para celebrar, y que lo hagáis ya por cuarto año consecutivo. Es bueno y necesario que la Pascua encuentre también un lenguaje de música, de encuentro y de gozo compartido. La fe en Jesucristo da sentido a la alegría humana; la purifica, la eleva y la lleva a plenitud. Pero precisamente por eso la Pascua nos pide algo más grande que una emoción pasajera; nos invita a dejarnos alcanzar por la Resurrección, para que también nuestra vida comience a ser nueva.

San Mateo recoge un dato impresionante: después de la Resurrección del Señor, muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron y, saliendo de los sepulcros, entraron en la Ciudad santa y se aparecieron a muchos (cf. Mt 27,52-53). La Pascua, por tanto, no queda encerrada en el sepulcro; irrumpe en la ciudad y entra en la cotidianidad a través de la vida de los hombres. Y eso sigue ocurriendo hoy. Ha ocurrido ya a lo largo de la historia. Lo veis en vuestros compatriotas que, en el siglo pasado, fueron mártires y testigos de Jesús; en ellos, la victoria de Cristo sobre la muerte se hizo fidelidad, fortaleza y entrega. No estáis llamados sólo a recordarlos, sino a apoyaros en su ejemplo para que Cristo vuelva a pasar por vuestras calles, para que la Iglesia recobre ardor, para que la verdad del Evangelio abra esos sepulcros en que se han convertido tantos corazones, y así la Pascua se haga presente aquí y ahora a través de vidas cristianas que sean luz, valentía y anuncio jubiloso.

El mundo necesita oír hablar de Cristo y verlo en las obras de los cristianos que viven la novedad del bautismo. Hacen falta jóvenes que no se avergüencen del Evangelio, comunidades que irradian esperanza, testigos capaces de hacer presente al Señor en cada ambiente, vidas encendidas que hagan visible la belleza de la fe. La evange-

lización no nace, ante todo, de estrategias, sino de corazones transformados por el Señor resucitado.

¡Cómo desearía que hubiera fiesta en todo el mundo! ¡Cómo desearía que en todas partes la alegría pascual encontrara voces, rostros y cantos! Pero más aún: ¡cómo desearía que la existencia misma de los cristianos se convirtiera en un concierto, en una gran armonía de fe, de unidad, de comunión y de caridad, capaz de anunciar al mundo que Cristo vive! Que el fuego del Cirio pascual salga de vuestros templos. Que consuma toda tibieza interior, toda resignación, toda mediocridad espiritual. Que entre allí donde la fe se ha debilitado, donde el entusiasmo apostólico se ha apagado, donde el cristianismo corre el riesgo de volverse costumbre sin ardor. Y que se inflamen los corazones de quienes se han encontrado con el Resucitado (cf. Lc 24,32). Cristo está vivo y, por eso, nada en nosotros está condenado a la oscuridad del pecado.

Queridos amigos, la Iglesia espera mucho de vosotros. Espera vuestra alegría, pero también vuestra hondura espiritual; vuestra generosidad, vuestra fe y vuestra valentía para vivir como verdaderos discípulos del Señor. Dejaos alcanzar por la Pascua. Apoyaos en el ejemplo de vuestros mártires y honrad su memoria haciendo que vuestras vidas y acciones sean fruto de la semilla fecunda que sembró su sangre. ¡Haced de vuestra existencia un canto nuevo, que renueve la Iglesia y lleve al mundo la luz del Resucitado! ¡Alzad la mirada: contemplad a Cristo y seguidlo hasta la santidad!

Mientras llega el momento de encontrarnos en Cibeles, os pido: no dejéis pasar el presente; rezad, buscad a Cristo de verdad; no os conforméis con lo mínimo, porque la vida, con Cristo, vale la pena. Rezo por vosotros, os bendigo y os espero. Si Dios quiere, nos veremos en junio.

Vaticano, 8 de abril de 2026.

LEÓN PP. XIV

REGINA CAELI

Plaza de San Pedro. Domingo, 12 de abril de 2026

Proteger a los civiles de los atroces efectos de la guerra es una obligación moral

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo y feliz Pascua!

Hoy, segundo domingo de Pascua, dedicado por san Juan Pablo II a la Divina Misericordia, leemos en el Evangelio sobre la aparición de Jesús resucitado al apóstol Tomás (cf. Jn 20,19-31). El hecho ocurre ocho días después de la Pascua, mientras la comunidad está reunida, y es allí donde Tomás se encuentra con el Maestro, quien lo invita a mirar las marcas de los clavos, a meter la mano en la herida de su costado y a creer (cf. v. 27). Es una escena que nos hace reflexionar sobre nuestro encuentro con Jesús resucitado. ¿En dónde encontrarlo? ¿Cómo reconocerlo? ¿Cómo creer? San Juan, que narra el acontecimiento, nos da indicaciones precisas: Tomás se encuentra con Jesús en el octavo día, con la comunidad reunida, y lo reconoce en las marcas de su sacrificio. De esta experiencia brota su profesión de fe, la más elevada de todo el cuarto Evangelio: «¡Señor mío y Dios mío!» (v. 28).

Ciertamente, creer no siempre es fácil. No lo fue para Tomás y tampoco lo es para nosotros. La fe necesita ser alimentada y sostenida. Por eso, en el “octavo día”, es decir, cada domingo, la Iglesia nos invita a hacer lo mismo que los primeros discípulos: reunirnos y celebrar juntos la Eucaristía. En ella escuchamos las palabras de Jesús, oramos, profesamos nuestra fe, compartimos los dones de Dios en la caridad, ofrecemos nuestra vida en unión al Sacrificio de Cristo, nos alimentamos de su Cuerpo y de su Sangre, para luego ser, también nosotros, testigos de su Resurrección, como lo indica el término “Misa”, es decir, “envío”, “misión” (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1332)

La Eucaristía dominical es indispensable para la vida cristiana. Mañana saldré para el Viaje apostólico a África, y precisamente algunos mártires

de la Iglesia africana de los primeros siglos, los mártires de Abitinia, nos han dejado un hermoso testimonio al respecto. Ante la propuesta de salvar sus vidas a cambio de renunciar a celebrar la Eucaristía, respondieron que no podían vivir sin celebrar el día del Señor. Es ahí donde se nutre y crece nuestra fe. Es ahí donde nuestros esfuerzos, aunque limitados, por la gracia de Dios se funden como acciones de los miembros de un único cuerpo —el Cuerpo de Cristo— en la realización de un único gran proyecto de salvación que abarca a toda la humanidad. Es a través de la Eucaristía que también nuestras manos se convierten en “manos del Resucitado”, testigos de su presencia, de su misericordia y de su paz; marcadas por el trabajo, por los sacrificios, por la enfermedad, por el paso de los años que a menudo están grabados en ellas, como también por la ternura de una caricia, de un apretón de manos o de un gesto de caridad.

Queridos hermanos y hermanas, en un mundo que tanto necesita la paz, esto nos compromete más que nunca a ser asiduos y fieles a nuestro encuentro eucarístico con el Resucitado, para salir de él como testigos de la caridad y portadores de la reconciliación. Que nos ayude a ello la Virgen María, bienaventurada porque fue la primera en creer sin haber visto (cf. Jn 20,29).

Después del Regina Caeli

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy muchas Iglesias orientales celebran la Pascua según el calendario juliano. A todas esas comunidades les dirijo mi más cordial deseo de paz, en comunión de fe en el Señor resucitado, que acompañe con una oración más intensa por cuantos sufren a causa de la guerra, de modo particular por el querido pueblo ucraniano. Que la luz de Cristo lleve consuelo a los corazones afligidos y refuerce la esperanza de paz. ¡Que no disminuya la atención de la comunidad internacional hacia el drama de esa guerra!

También estoy muy cerca del amado pueblo libanés en estos días de dolor, de miedo y de esperanza invencible en Dios. El principio de humanidad, inscrito en la conciencia de toda persona y

reconocido en las leyes internacionales, comporta la obligación moral de proteger a la población civil de los atroces efectos de la guerra. Exhorto a las partes en conflicto para que cese el fuego y busquen con urgencia una solución pacífica.

El próximo miércoles se cumplen tres años del comienzo del sangriento conflicto en Sudán. ¡Cuánto sufre el pueblo sudanés, víctima inocente de ese drama inhumano! Renuevo mi llamamiento urgente a las partes beligerantes para que acallen las armas e inicien un diálogo sincero, sin condiciones previas, dirigido a detener lo antes posible esa guerra fratricida.

Y ahora les doy la bienvenida a todos ustedes, romanos y peregrinos, en particular a los fieles que han celebrado el Domingo de la Divina Misericordia en el Santuario de Santo Spirito in Sasia.

Saludo a la Musikverein Kleinraming, de la diócesis de Linz en Austria, y a los fieles venidos de Polonia; como también a los jóvenes del Collège Saint Jean de Passy, de París, y a los de diferentes nacionalidades del Movimiento de los Focolares. Saludo a la peregrinación de la comunidad de San Benedetto Po y a los confirmandos de Santarcangelo di Romagna y San Vito.

Mañana partiré a un viaje apostólico de diez días en cuatro países africanos: Argelia, Camerún, Angola y Guinea Ecuatorial. Les pido, por favor, que me acompañen con sus oraciones.

¡Feliz domingo para todos!

CARTA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS

CARDENALES

12 de abril de 2026

La misión de la Iglesia no es sobrevivir, sino comunicar el amor del Señor

Eminencia Reverendísima,

en este tiempo santo de Pascua, deseo hacerle llegar mi cordial y fraternal saludo, para que la paz del Señor resucitado sostenga y renueve nuestro

mundo que sufre.

Aprovecho con gusto esta ocasión para renovar mi gratitud por su participación en el Consistorio del pasado mes de enero. Aprecié mucho el trabajo realizado en los grupos, que permitió un intercambio libre, concreto y espiritualmente fecundo, así como la calidad de las intervenciones en la asamblea. Las contribuciones recopiladas constituyen un patrimonio precioso, que deseo seguir custodiando y haciendo madurar en el discernimiento eclesial.

En el discurso de clausura de aquel encuentro ya mencioné algunos elementos que surgieron de los grupos dedicados a la sinodalidad. Deseo ahora detenerme de manera particular en lo que maduró en los grupos con respecto a *Evangelii gaudium*, sobre todo en referencia a la misión y a la transmisión de la fe.

De sus aportaciones se desprende claramente que dicha Exhortación sigue representando un punto de referencia decisivo: no se limita a introducir nuevos contenidos, sino que recentra todo en el kerigma como corazón de la identidad cristiana y eclesial. Se ha reconocido como un verdadero «soplo nuevo», capaz de iniciar procesos de conversión pastoral y misionera, más que de producir reformas estructurales inmediatas, orientando así en profundidad el camino de la Iglesia

Han destacado cómo esta perspectiva interpela a la Iglesia en todos los niveles. A nivel personal, llama a cada bautizado a renovar el encuentro con Cristo, pasando de una fe simplemente recibida a una fe realmente vivida y experimentada; en este camino se ve afectada también la calidad misma de la vida espiritual, en el primado de la oración, en el testimonio que precede a las palabras y en la coherencia entre fe y vida. A nivel comunitario, insta al paso de una pastoral de conservación a una pastoral misionera, en la que las comunidades sean sujetos vivos del anuncio: comunidades acogedoras, capaces de utilizar un lenguaje comprensible, atentas a la calidad de las relaciones y capaces de ofrecer espacios de escucha, de acompañamiento y de sanación. A nivel diocesano, emerge con claridad la responsabilidad de los pastores de apoyar con firmeza la au-

dacia misionera, velando por que no se vea pesada o sofocada por excesos organizativos, y favoreciendo un discernimiento que ayude a reconocer lo esencial.

De todo ello surge una comprensión de la misión profundamente unitaria: una misión cristocéntrica y kerigmática, que nace de un encuentro con Cristo capaz de transformar la vida y que se difunde por atracción más que por conquista. Es una misión integral, que aúna el anuncio explícito, el testimonio, el compromiso y el diálogo, sin ceder a la tentación del proselitismo ni a una lógica de mera conservación o expansión institucional. Incluso cuando se reconoce minoritaria, la Iglesia está llamada a vivir sin complejos, como un pequeño rebaño portador de esperanza para todos, recordando que el fin de la misión no es su propia supervivencia, sino la comunicación del amor con el que Dios ama al mundo.

Entre las indicaciones específicas que surgieron, algunas merecen ser acogidas y meditadas más a fondo: la necesidad de relanzar *Evangelii gaudium* para verificar con honestidad qué es lo que, tras el paso de los años, se ha asimilado realmente y qué es lo que, por el contrario, sigue siendo desconocido y sin poner en práctica; en especial modo, se debe prestar atención a la necesaria reforma de los itinerarios de iniciación cristiana; la atención a valorar también las visitas apostólicas y pastorales como auténticas ocasiones kerigmáticas y de crecimiento en la calidad de las relaciones; así como la exigencia de reconsiderar la eficacia de la comunicación eclesial, incluso a nivel de la Santa Sede, en una perspectiva más claramente misionera.

Con espíritu de gratitud, le renuevo mi agradecimiento por su servicio y por la contribución ofrecida a la vida de la Iglesia. Con vistas al próximo Consistorio, que tendrá lugar los días 26 y 27 de junio, se enviará una comunicación más detallada para acompañar adecuadamente su preparación. En el Señor resucitado, fuente de nuestra esperanza, le hago llegar mis más cordiales felicitaciones pascuales.

Con fraternal estima, en Cristo

Desde el Vaticano, 12 de abril de 2026

LEÓN PP. XIV

MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A SU
EM.^a EL CARDENAL GIOVANNI BATTISTA RE,
DECANO DEL COLEGIO CARDENALICIO, CON
MOTIVO DEL PRIMER ANIVERSARIO DEL
FALLECIMIENTO DEL PAPA FRANCISCO
12 de abril de 2026

Anunciador incansable de la misericordia

En el primer aniversario de la muerte del querido Papa Francisco, su memoria permanece viva en la Iglesia y en el mundo. Ausente de Roma por el Viaje Apostólico a África, me uno espiritualmente a quienes se reunirán en la Basílica Liberiana para ofrecer el Sacrificio Eucarístico en sufragio de mi predecesor. Saludo con afecto, junto con los cardenales, los obispos, los sacerdotes y los religiosos, a los peregrinos que han acudido para manifestarle su afecto y gratitud.

La muerte no es un muro, sino una puerta que se abre de par en par a la misericordia que el papa Francisco anunció incansablemente. El Señor lo llamó a su lado el 21 de abril del año pasado, en pleno resplandor pascual. Concluyó su peregrinación terrenal en el abrazo de Cristo Resucitado, en esa «alegría del Evangelio» que inspiró una de sus Exhortaciones Apostólicas más incisivas.

Fue sucesor de Pedro y pastor de la Iglesia universal en una época que marcó y sigue marcando un cambio de era, ese cambio del que él fue plenamente consciente, ofreciéndonos un testimonio valiente, que representa un patrimonio significativo para la Iglesia.

Su magisterio lo vivió como discípulo-misionero, como le gustaba decir. Se mantuvo discípulo del Señor, fiel a su Bautismo y a su consagración en el ministerio episcopal, hasta el final. Fue también misionero, anunciando el Evangelio de la misericordia «a todos, todos, todos», como solía decir en repetidas ocasiones. Los beneficios suscitados por su testimonio de Pastor solícito han

contagiado el corazón de tanta gente, hasta los confines de la tierra, gracias también a las peregrinaciones apostólicas y especialmente a ese último «viaje» que fue su enfermedad y su muerte.

En sintonía con sus predecesores, recogió la herencia del Concilio Vaticano II y animó a la Iglesia a estar abierta a la misión, a ser guardiana de la esperanza del mundo, apasionada por el anuncio de ese Evangelio que es capaz de dar a toda vida plenitud y felicidad.

Aún resuenan en nuestros oídos sus exhortaciones, expresadas con palabras elocuentes, para hacer más comprensible la buena nueva: misericordia, paz, fraternidad, olor a oveja, hospital de campaña y muchas otras. Cada una de estas expresiones nos remite al Evangelio que Él vivió con un lenguaje nuevo que anuncia el mismo Evangelio de siempre.

El Papa Francisco ha alimentado una profunda devoción a María a lo largo de toda su vida; recordemos, de hecho, que acudió tantas veces a Santa María la Mayor, lugar de su sepultura, y a muchos santuarios marianos repartidos por el mundo. Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, nos ayude a ser en toda circunstancia apóstoles incansables de su divino Hijo y profetas de su amor misericordioso.

Desde el Vaticano, 12 de abril de 2026

LEÓN XIV

MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS
PARTICIPANTES EN LA SESIÓN PLENARIA DE LA
PONTIFICIA ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
SOCIALES

14-16 abril de 2026

La democracia se fundamenta en la ley moral; de lo contrario, es tiranía o dominación de la élite

Me ha complacido enterarme de la sesión plenaria de la Pontificia Academia de las Ciencias So-

ciales, que se celebra del 14 al 16 de abril de 2026, y envió mis mejores deseos y oraciones a todos los participantes. Expreso mi gratitud al cardenal Peter Turkson por su dedicado servicio como canciller de la Academia. Agradezco igualmente a su presidenta, la hermana Helen Alford, por haber elegido el tema: «The Uses of Power: Legitimacy, Democracy and the Rewriting of the International Order» [Los usos del poder: legitimidad, democracia y la reescritura del orden internacional]. Es un tema particularmente actual, que centra nuestra reflexión en el ejercicio del poder, elemento crucial para construir la paz dentro y entre las naciones en este momento de profundo cambio global.

La doctrina social católica considera el poder no como un fin en sí mismo, sino como un medio orientado al bien común. Esto implica que la legitimidad de la autoridad no depende de la acumulación de fuerza económica o tecnológica, sino de la sabiduría y la virtud con que se ejerce (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1903). Porque la sabiduría nos permite discernir y perseguir lo verdadero y lo bueno, en lugar de bienes aparentes y vanagloria, en las circunstancias de la vida cotidiana. Esa sabiduría es inseparable de las virtudes morales, que fortalecen nuestro deseo de promover el bien común. En particular, sabemos que la justicia y la fortaleza son indispensables para tomar decisiones ponderadas y ponerlas en práctica. También la templanza resulta esencial para el uso legítimo de la autoridad, ya que la verdadera templanza frena la exaltación excesiva de uno mismo y actúa como barrera contra el abuso de poder.

Esta comprensión del poder legítimo encuentra una de sus más altas expresiones en la democracia auténtica. Lejos de ser un mero procedimiento, la democracia reconoce la dignidad de cada persona e invita a cada ciudadano a participar de manera responsable en la búsqueda del bien común. Reflejando esta convicción, san Juan Pablo II afirmó que la Iglesia valora la democracia porque garantiza la participación en las decisiones políticas y «la posibilidad de elegir y controlar a los propios gobernantes, o bien la de sustituirlos

oportunamente de manera pacífica» (Centesimus annus, n. 46). Sin embargo, la democracia solo se mantiene sana cuando está arraigada en la ley moral y en una verdadera visión de la persona humana. A falta de este fundamento, corre el riesgo de convertirse en una tiranía mayoritaria o en una máscara para el dominio de las élites económicas y tecnológicas.

Los mismos principios que guían el ejercicio de la autoridad dentro de las naciones deben también inspirar el orden internacional, una verdad particularmente importante de recordar en una época en la que las rivalidades estratégicas y las alianzas mutables están remodelando las relaciones globales. Debemos recordar que un orden internacional justo y estable no puede surgir del mero equilibrio de poder ni de una lógica puramente tecnocrática. La concentración del poder tecnológico, económico y militar en manos de unos pocos, amenaza tanto la participación democrática entre los pueblos como la concordia internacional.

A este respecto, mis predecesores han expresado la necesidad de instituciones actualizadas y de una autoridad universal (cf. Juan Pablo II, Centesimus annus, n. 58; Pacem in terris, n. 137), basada en el principio de subsidiariedad (cf. Benedicto XVI, Caritas in veritate, n. 57). El desarrollo de tal comunidad global de fraternidad requiere «la mejor política, puesta al servicio del verdadero bien común» (Francisco, Fratelli tutti, n. 154). De hecho, es «más necesario que nunca repensar con audacia las modalidades de la cooperación internacional» (Visita a la sede de la FAO con motivo del Día Mundial de la Alimentación, 16 de octubre de 2025, n. 7).

En última instancia, cuando las potencias terrenales amenazan la tranquillitas ordinis —la clásica definición agustiniana de la paz—, debemos sacar esperanza del Reino de Dios, que, aunque no es de este mundo, ilumina las realidades de este mundo y revela su significado escatológico. En esta perspectiva de fe, se nos recuerda que la omnipotencia de Dios se manifiesta sobre todo en la misericordia y el perdón (cf. Tomás de Aquino, Summa Theologiae, I, q. 25, a. 3, ad 3); el poder divino no domina, sino que más bien sana y res-

taura. Es precisamente esta lógica de la caridad la que debe animar la historia, pues la actividad humana inspirada por la caridad ayuda a moldear la «ciudad terrenal» en la unidad y la paz, convirtiéndola –aunque de manera imperfecta– en una anticipación y una prefiguración de la «Ciudad de Dios» (cf. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, n. 7). Esta fe refuerza nuestra determinación de construir una cultura de reconciliación capaz de superar las trampas de la indiferencia y la impotencia (cf. Discurso a los líderes religiosos participantes en el Encuentro Internacional de Oración por la Paz, 28 de octubre de 2025).

Con estos sentimientos, deseo sinceramente que sus reflexiones en estos días produzcan valiosas ideas para aclarar los usos legítimos del poder, los criterios de la democracia auténtica y el tipo de orden internacional que sirve al bien común. De este modo, su labor contribuirá de manera significativa a la construcción de una cultura global de reconciliación y paz, una paz que no sea simplemente la frágil ausencia de conflicto, sino el fruto de la justicia, nacida de una autoridad humildemente puesta al servicio de cada ser humano y de toda la familia humana.

Que el Espíritu Santo, fuente de toda caridad y vínculo de unidad y paz, ilumine sus mentes y sostenga sus esfuerzos. Invoco de buen grado sobre todos ustedes las abundantes bendiciones de Dios.

Desde el Vaticano, 1 de abril de 2026

LEÓN PP. XIV

Mensaje del Santo Padre León XIV firmado por el cardenal secretario de Estado, Pietro Parolin, con motivo del II Encuentro Nacional de los Responsables Territoriales para la Protección de Menores y Adultos Vulnerables

TH Carpegna Palace Hotel (Roma), 16-18 de abril de 2026

**En la lucha contra los abusos,
busquemos la verdad sin temor a**

los escándalos

A Su Eminencia Reverendísima
Sr. Cardenal Matteo Zuppi

Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana
Desde el Vaticano, 10 de abril de 2026

Eminencia Reverendísima,

le transmito el cordial saludo del Santo Padre León XIV a Su Eminencia y a los participantes en el II Encuentro nacional de responsables territoriales para la protección de menores y adultos vulnerables, convocado por el Servicio Nacional de la Conferencia Episcopal Italiana.

El tema «Generar relaciones auténticas» apunta hacia una tarea esencial de las comunidades cristianas. De hecho, cuando se reconoce a cada persona en su dignidad y se protege su libertad, las parroquias, las asociaciones y los movimientos son confiables, capaces de acompañar, educar y proteger; en cambio, cuando falta el respeto, la relación se empobrece, se deforma y puede causar graves heridas.

En la visión cristiana, el respeto no es solo corrección: es una forma exigente de caridad, que se expresa en cuidar al otro sin apropiarse de él, en acompañarlo sin dominarlo, en servirlo sin humillar. De esta raíz surge la posibilidad de relaciones transparentes, maduras y seguras. Por eso, la tutela no puede entenderse únicamente como un conjunto de normas que aplicar o de procedimientos que observar: exige una sabiduría que abarca el estilo de las comunidades, la forma de ejercer la autoridad, la formación de los educadores, la vigilancia de los contextos y la transparencia de los comportamientos.

La presencia de los más pequeños y de los más vulnerables interpela la conciencia de la Iglesia y pone a prueba su capacidad de expresar un cuidado auténtico, es decir, de proteger, de escuchar, de prevenir, de no dejar a nadie solo. También por esto, la labor de quienes promueven la formación, el discernimiento, la coordinación y las buenas prácticas representa una contribución valiosa para la maduración de comunidades más acogedoras y más conscientes.

Hay que prestar especial atención a las personas

que han sufrido abusos: sus heridas reclaman cercanía sincera, escucha humilde y perseverancia en la búsqueda de lo que es justo y posible para reparar. Una comunidad cristiana vive la conversión evangélica cuando no se defiende del dolor de quienes han sufrido, sino que se deja interpellar por él; cuando no minimiza el mal, sino que lo reconoce; cuando no se encierra en el miedo al escándalo, sino que acepta recorrer caminos exigentes de verdad, justicia y sanación.

Por lo tanto, su encuentro adquiere un significado que trasciende el plano operativo, llamando a la Iglesia a crecer en una cultura de la prevención que sea, ante todo, una cultura de la custodia evangélica. A ello contribuirá también el espectáculo que se presentará en primicia en su congreso: «Y yo cuidaré de ti».

Eminencia, queridos hermanos, el Papa León XIV los anima a continuar con confianza en su labor, para que en las diócesis italianas crezcan comunidades donde los más frágiles sean acogidos, protegidos y amados. Él encomienda a cada uno de ustedes, junto con su servicio, a la intercesión de la Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia, y de corazón les imparte la Bendición Apostólica.

Yo también les deseo el mayor éxito en la presente iniciativa y todo lo mejor para su servicio a la Iglesia y a la sociedad.

Aprovecho la ocasión para confirmarme, con sentimientos de distinguido respeto,

ante Su Eminencia Reverendísima

Dev.mo en el Señor

Pietro Card. Parolin

Secretario de Estado

MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV CON
MOTIVO DEL ENCUENTRO DE LA TONIOLO
YOUNG PROFESSIONAL ASSOCIATION (TYPA)
18 de abril de 2026

Una comunidad unida para construir puentes, no muros

Dirigiéndome a ustedes, queridos becarios, deseo

recordar una historia que no solo queda detrás de ustedes, sino que está delante de ustedes: la de su Universidad Católica del Sagrado Corazón.

Esta surgió «desde abajo», del valor y la visión de hombres y mujeres como el Beato Giuseppe Toniolo, el padre Agostino Gemelli y la Beata Armida Barelli, respaldados por la fe activa de un pueblo. No fue obra de unos pocos, sino una auténtica opus totius Ecclesiae: una comunidad que quiso dar forma, en la cultura, a una presencia viva, pensante, capaz de dejar huella en la historia.

Esa misma responsabilidad recae hoy sobre ustedes.

En una época plenamente global, su compromiso renueva ese impulso fundacional: están llamados a estar presentes allí donde se forman las ideas y se orientan las decisiones que atañen al destino de los pueblos. El suyo no es solo un camino de excelencia: es una misión. No se les pide que destaquen, sino que sirvan. No que se afirmen, sino que hagan fructífero lo que han recibido.

«Que ustedes puedan desaparecer para que Cristo permanezca»: esta palabra no disminuye, sino que libera. Los libera de la búsqueda del consenso, para arraigarlos en la verdad; los libera de la apariencia, para entregarlos a la esencia del bien.

Custodien, pues, la herencia que les ha sido confiada por la Universidad Católica. Ustedes, que son parte viva de esa comunidad universitaria, apoyen a la Universidad para que prospere en la comunión y continúe cumpliendo la misión educativa que le ha sido confiada y que en ustedes ha dado grandes frutos, incluso en beneficio del compromiso diplomático de la Santa Sede.

Que la pluralidad de sensibilidades eclesiales que la componen no se convierta en competencia, sino en armonía; que la diferencia no se convierta en distancia, sino en riqueza compartida. Una comunidad dividida se debilita. Una comunidad unida se convierte en historia.

«In Illo uno unum»: es en Cristo donde encontrarán la unidad que hace fecunda toda obra. Solo así la Universidad Católica podrá seguir siendo verdaderamente una casa común, un centro de

estudios de todos los católicos italianos, un signo creíble de una Iglesia que vive de la comunión y la hace visible.

Confío una oración al Instituto Toniolo, para que siga custodiando con sabiduría y fidelidad este vínculo, acompañando con vigilancia y espíritu de servicio el camino de la Universidad en un momento decisivo.

Expreso, además, mi viva gratitud a quienes apoyan esta obra. Así como en sus orígenes fue determinante la dedicación de la Acción Católica promovida por la Beata Armida en todas las parroquias italianas a través de la Jornada Universitaria, de la que mañana se cumple el 102.º aniversario, así hoy es providencial la contribución de tantos: en particular, este proyecto, tan importante para la labor de las Representaciones de la Santa Sede ante las Organizaciones Internacionales, debe agradecer la generosidad de la Fundación Arvedi-Buschini. A ellos va nuestro más sincero reconocimiento, junto con una oración sincera.

Pero es sobre todo en la vida de ustedes, becarios, donde este don debe hacerse visible. Lo que han recibido no quede como un privilegio: que se convierta en responsabilidad. No quede como un título: que se convierta en estilo.

Sean una presencia viva de la Iglesia en los lugares donde operan. En las instituciones internacionales, en la diplomacia, en las organizaciones, en el mundo laboral. Sean hombres y mujeres que construyen puentes, mientras otros levantan muros.

Sean creíbles en el silencio de las obras, antes que visibles en las palabras.

Sean un signo, no solo una presencia.

Así es como continuará esta historia.

Y así es como, también a través de ustedes, el Programa de Becas Toniolo y toda la Universidad Católica podrán seguir generando futuro durante muchos años más.

Les aseguro mi oración e imparto a todos mi bendición apostólica.

Desde el Vaticano, 18 de abril de 2026

LEÓN PP. XIV

DISCURSO A LOS MIEMBROS DEL PARTIDO
POPULAR EUROPEO EN EL PARLAMENTO
EUROPEO

Sala Clementina. Sábado, 25 de abril de 2026

Perseguir un ideal no significa glorificar una ideología

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,

La paz sea con ustedes,

Distinguidos parlamentarios,

Señoras y señores,

Les doy a todos una cálida bienvenida a nuestro encuentro. De una manera especial, saludo a su presidente, el señor Manfred Weber y la señora Mairead McGuinness, la Enviada Especial de la UE responsable de promover la libertad de religión o creencias fuera de la Unión Europea.

Nuestro encuentro se celebra en la estela de los que se tuvieron lugar con mis predecesores, San Juan Pablo II y Papa Benedicto XVI, así como el mensaje que el Papa Francisco les envió en junio de 2023, cuando no pudo recibirlos personalmente por su hospitalización. Por ello, me complace continuar este diálogo con el Partido Popular Europeo, que toma su inspiración política de figuras como Adenauer, De Gasperi y Schuman, ampliamente considerados los padres fundadores de la Europa moderna.

Como Benedicto XVI hace veinte años, yo también "aprecio el reconocimiento que hace vuestro Grupo de la herencia cristiana de Europa." [1] El proyecto europeo, que surgió de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial, nació sin duda de la necesidad práctica de evitar que tal conflicto volviera a ocurrir. Sin embargo, está igualmente impregnado de una visión ideal, es decir, el deseo de fomentar una cooperación que supere siglos de división y permita a los pueblos del continente redescubrir el patrimonio humano, cultural y religioso que comparten. Los padres fundadores se inspiraron en su fe personal y consideraban los principios cristianos como un elemento común y unificador que podía ayudar a poner fin al espíritu de venganza y conflictivo que había conduci-

do a la Segunda Guerra Mundial.

El Papa Francisco acuñó una expresión hermosa y sencilla que resume esta idea: «la unidad es superior al conflicto». [2] Ya que la búsqueda de la unidad tiene el valor de ir más allá de la superficie del conflicto y ver a los demás con su más profunda dignidad. [3] De este modo, se hace posible crear algo nuevo y constructivo, mientras que el conflicto exalta las diferencias, fomenta la búsqueda y afirmación del poder y, en última instancia, conduce a la destrucción.

La tarea principal de cualquier acción política es ofrecer una visión ideal, ya que la política requiere una visión amplia del futuro, sin temer tomar decisiones difíciles e incluso impopulares cuando sea necesario para el bien común. En este sentido, la política es la "forma más elevada de caridad" [4] Porque puede comprometerse completamente con la construcción del bien común.

Sin embargo, perseguir un ideal no significa glorificar una ideología. De hecho, la ideología es siempre el resultado de una distorsión de la realidad y de una especie de violencia impuesta sobre ella. Cada ideología retuerce ideas y subyuga al ser humano a su propio proyecto, sofocando sus verdaderas aspiraciones, su deseo de libertad, de felicidad y de bienestar personal y social. La Europa moderna surgió al reconocer el fracaso de los proyectos ideológicos que la habían destruido y dividido.

Como señaló De Gasperi, perseguir un ideal significa situar a la persona humana en el centro, "con su espíritu de fraternidad evangélica, con su reverencia por la ley heredada de la antigüedad, con su aprecio por la belleza refinada a lo largo de los siglos y con su compromiso con la verdad y la justicia, agudizado por milenios de experiencia." [5]

Este es el marco dentro del cual la política aún puede practicarse hoy y al que es necesario reconducir la actividad política. Su partido se llama Partido Popular Europeo. El pueblo está en el corazón de su compromiso, y no puede dejarlo de lado. No son meros receptores pasivos de propuestas y decisiones políticas; están, sobre todo, llamados a ser participantes activos que compar-

tan la responsabilidad de cada acción política. Estar presentes entre el pueblo e involucrarlos en el proceso político es el mejor antídoto contra el populismo, que solo busca una aprobación fácil, y contra el elitismo, que tiende a actuar sin consenso. Ambas son tendencias generalizadas en el panorama político actual. Una política auténticamente "popular" requiere tiempo, proyectos compartidos y amor por la verdad.

Uno de los principales problemas de la política en los últimos años ha sido el declive constante de la sintonía, de la cooperación y el compromiso mutuo entre el pueblo y sus representantes. Es necesario recrear un sentido genuino de "pueblo", que implique contacto personal entre ciudadanos y sus representantes, para responder eficazmente a los problemas concretos del pueblo a la luz de una visión ideal. Podríamos decir metafóricamente que en la era del "triumfo digital", la acción política verdaderamente orientada al bien común requiere un retorno al "analógico".

Quizá este sea el verdadero antídoto contra una política que a menudo grita, compuesta únicamente de eslóganes y es incapaz de responder a las necesidades reales de las personas. Además, para superar cierta desafección con la política, es necesario recuperar a las personas acercándolas personalmente y reconstruyendo una red de relaciones en las zonas donde viven, para que todos puedan sentir que pertenecen a una comunidad y compartir su futuro.

¿Qué significa esto en términos prácticos para quienes basan sus acciones en valores cristianodemócratas? Ante todo, significa redescubrir y abrazar la herencia cristiana de la que provienen, manteniendo al mismo tiempo la necesaria línea de demarcación entre el testimonio religioso profético —reservado a la comunidad eclesial— y el testimonio cristiano expresado a través de elecciones políticas concretas. [6] Ser cristiano en política no significa ser abiertamente confesional; sino permitir que el Evangelio guíe las decisiones que deben tomarse, incluso aquellas que no parecen obtener un consenso fácil. Significa trabajar para preservar la conexión entre la ley natural y la ley positiva, y entre las raíces cristianas y la ac-

ción política.

Ser cristianos comprometidos en la política requiere una perspectiva realista que empiece con las preocupaciones concretas de las personas. Esta perspectiva debe buscar, sobre todo, fomentar condiciones laborales dignas que fomenten el ingenio y la creatividad de las personas frente a un mercado cada vez más deshumanizante e insatisfactorio. Esa perspectiva debe permitir a las personas superar el miedo a formar una familia, de tener hijos, un miedo que parece ser especialmente prevalente en Europa. También debe abordar las causas profundas de la migración, cuidar a quienes sufren, teniendo en cuenta las verdaderas capacidades para acoger e integrar a los migrantes en la sociedad. Asimismo, requiere afrontar de manera no ideológica los grandes retos de nuestro tiempo, como el cuidado de la creación y la inteligencia artificial. Esta última ofrece grandes oportunidades, pero también está llena de peligros.

Ser cristianos comprometidos en la política también significa invertir en la libertad – no una libertad trivializada reducida a meras preferencias personales, sino una basada en la verdad, que salvaguarda la libertad religiosa así como la libertad de pensamiento y de conciencia en todos los lugares y circunstancias. Al mismo tiempo, fomentar un "cortocircuito" de los derechos humanos" [7] debe evitarse, porque acaba cediendo ante la fuerza y a opresión.

Les dejo con estos breves puntos, con la esperanza de que puedan constituir un punto de partida para su compromiso. Al expresar mis mejores deseos para su servicio a los pueblos europeos, les imparto de buen grado mi Bendición Apostólica.

Gracias.

[1] BENEDICTO XVI, Discurso a los miembros del Partido Popular Europeo con motivo de las Jornadas de Estudio sobre Europa (30 de marzo de 2006), AAS 98 (2006), 344.

[2] FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 228: AAS 105 (2013), 1113.

[3] Cf. *ibid.*

[4] Pío XI, Audiencia con los Líderes de la Federa-

ción Universitaria Católica (18 de diciembre de 1927).

[5] A. DE GASPERI, *Europa, Nuestra Patria*. Discurso a la Conferencia Parlamentaria Europea, 21 de abril de 1954 en: Alcide De Gasperi e la política internazionale, Roma 1990, vol. III, 437-440.

[6] Cf. MARIALUISA L. SERGIO en: ALCI-DE DE GASPERI, *Diario 1930-1943*, Bolonia 2018, 24.

[7] Discurso a los miembros del Cuerpo Diplomático Acreditados ante la Santa Sede (9 de enero de 2026).

SANTA MISA CON ORDENACIONES
PRESBITERALES. HOMILÍA DEL SANTO PADRE
LEÓN XIV
*Basílica de San Pedro. IV Domingo de Pascua, 26 de
abril de 2026*

Reflejo de la paciencia y la ternura de Cristo de ser de todos y para todos

Queridos hermanos y hermanas:

Con este saludo me dirijo, en particular, a quienes acaban de ser presentados y que recibirán la ordenación presbiteral; también a sus familiares, a los sacerdotes de Roma –muchos de los cuales recuerdan su ordenación en este cuarto domingo de Pascua– y a todos los aquí presentes.

¡Este es un domingo lleno de vida! Aunque la muerte nos rodea, la promesa de Jesús ya se cumple: «Yo he venido para que las ovejas tengan Vida, y la tengan en abundancia» (Jn 10,10). En la disponibilidad de los jóvenes que la Iglesia hoy pide que sean ordenados presbíteros constatamos mucha generosidad y entusiasmo. Al reunirnos, tan numerosos y diferentes, en torno al único Maestro, advertimos una fuerza que nos renueva. Es el Espíritu Santo, que une personas y vocaciones en la libertad, de modo que ninguno viva más para sí mismo. El domingo –cada domingo– nos llama a salir del “sepulcro” del aislamiento y

de la cerrazón para encontrarnos en el jardín de la comunión, del que el Resucitado es el guardián.

El servicio del sacerdote, al que la llamada de estos hermanos nos invita a reflexionar, es un ministerio de comunión. De hecho, la “vida en abundancia” llega a nosotros en el personalísimo encuentro con la persona del Hijo, pero de inmediato abre nuestros ojos a un pueblo de hermanos y hermanas que ya experimentan, o que todavía están buscando, el «poder de llegar a ser hijos de Dios» (Jn 1,12). Este es un primer secreto en la vida del sacerdote. Queridos ordenandos, cuanto más profunda es su unión con Cristo, más radical es su pertenencia a la común humanidad. No hay contraposición, ni competición entre el cielo y la tierra; en Jesús se unen para siempre. Este misterio vivo y dinámico compromete el corazón a un amor indisoluble; lo compromete y lo llena. Ciertamente, como el amor de los esposos, también el amor que inspira el celibato por el Reino de Dios debe cuidarse y renovarse siempre, porque todo afecto verdadero madura y se vuelve fecundo con el tiempo. Están llamados a un modo de amar específico, delicado y difícil y, aún más, a un modo de dejarse amar en la libertad. Un modo que podrá hacer de ustedes, no sólo buenos sacerdotes, sino también ciudadanos honestos, disponibles, constructores de paz y de amistad social.

A este respecto, en el Evangelio que acabamos de proclamar (Jn 10,1-10) sorprende la referencia de Jesús a figuras y a gestos de agresión: entre él y aquellos que ama irrumpen extraños, ladrones y asaltantes que exceden los límites; no vienen, dice Jesús, «sino para robar, matar y destruir» (v. 10) y, sobre todo, tienen una voz diferente a la suya, irreconocible (cf. v. 5). Hay un gran realismo en las palabras del Señor: conoce la crueldad del mundo en el que camina con nosotros. Con sus palabras evoca formas de agresión física, pero sobre todo espiritual. Sin embargo, esto no lo disuade de dar la vida. La denuncia no se vuelve renuncia, el peligro no lleva a la fuga. Este es un segundo secreto del sacerdote: la realidad no debe darnos miedo. El que nos llama es el Señor de la vida. Que el ministerio que se les confía, queridos

hermanos, comunique la paz del que, aun en medio de peligros, sabe por qué se siente seguro.

Hoy la necesidad de seguridad vuelve los ánimos agresivos, encierra a las comunidades en sí mismas, instiga a buscar enemigos y chivos expiatorios. A menudo hay miedo a nuestro alrededor y quizás también dentro de nosotros. Que su seguridad no resida en el rol que desempeñan, sino en la vida, muerte y resurrección de Jesús, en la historia de salvación en la que participan con su pueblo. Es una salvación que ya actúa en tanto bien que se hace silenciosamente, entre personas de buena voluntad, en las parroquias y en los ambientes a los que ustedes se harán cercanos, como compañeros de viaje. Lo que anuncian y celebran los protegerá también en situaciones y en tiempos difíciles.

Las comunidades a las que serán enviados son lugares donde el Resucitado ya está presente, donde muchos ya lo han seguido de manera ejemplar. Reconocerán sus llagas, distinguirán su voz, encontrarán a quienes se lo indicarán. Son comunidades que los ayudarán también a ustedes a ser santos. Y ustedes ayúdenlas a caminar unidas en pos de Jesús, el Buen Pastor, para que sean –jardines– de la vida que renace y se comunica. Con frecuencia, lo que les falta a las personas es un lugar donde experimentar que juntos es mejor, que juntos es hermoso, que es posible vivir juntos. Facilitar el encuentro, ayudar a reunirse con quienes de otro modo no se conocerían nunca y acercar a los contrarios está íntimamente unido a la celebración de la Eucaristía y la Reconciliación. Reunir es, siempre y nuevamente, establecer la Iglesia.

Es significativa una imagen en el Evangelio con la que Jesús, en un cierto momento, comienza a hablar de sí mismo. Se estaba describiendo como el “pastor”, pero parece que quienes lo escuchan no lo entienden; entonces, cambia la metáfora: «Les aseguro que yo soy la puerta de las ovejas» (Jn 10,7). En Jerusalén había una puerta que se llamaba precisamente así, “la puerta de las ovejas”, cerca de la piscina de Betsaida. Por allí entraban en el templo las ovejas y los corderos, antes de ser sumergidos en el agua y luego destina-

dos a los sacrificios. Es espontáneo pensar en el Bautismo.

«Yo soy la puerta», dice Jesús. El Jubileo nos ha mostrado cómo esta imagen sigue hablando al corazón de millones de personas. Durante siglos la puerta –a menudo un auténtico portal– ha invitado a cruzar el umbral de la Iglesia. En algunos casos, la fuente bautismal se construía en el exterior, como la antigua piscina probática, bajo cuyos pórticos «yacía una multitud de enfermos, ciegos, lisiados y parálíticos» (Jn 5,3). Queridos ordenandos, siéntanse parte de esta humanidad que sufre y que espera la vida en abundancia. Al iniciar a otros en la fe, reavivarán la propia fe. Junto con los otros bautizados, cruzarán cada día el umbral del Misterio, ese umbral que tiene el rostro y el nombre de Jesús. Nunca oculten esta puerta santa, no la cierren, no sean un obstáculo para el que quiere entrar. «No han entrado ustedes, y a los que quieren entrar, se lo impiden» (Lc 11,52): es el reproche amargo de Jesús a aquellos que escondieron la llave de un paso que debía ser accesible a todos.

Hoy más que nunca, especialmente cuando los números parecen marcar una distancia entre las personas y la Iglesia, ¡mantengan la puerta abierta! Dejen entrar y estén listos para salir. Es otro secreto para sus vidas: ustedes son un canal, no un filtro. Muchos creen que ya saben lo que hay detrás de ese umbral. Llevan consigo recuerdos, quizás de un pasado lejano; a menudo hay algo vivo que no se ha apagado y que los atrae; pero otras veces hay algo más, que aún sangra y provoca rechazo. El Señor lo sabe y espera. Sean reflejo de su paciencia y de su ternura. ¡Ustedes son de todos y para todos! Que este sea el perfil fundamental de su misión: mantener libre el umbral y señalarlo, sin necesidad de muchas palabras.

Por otra parte, Jesús insiste y precisa: «Yo soy la puerta. El que entra por mí se salvará; podrá entrar y salir, y encontrará su alimento» (Jn 10,9). Él no sofoca nuestra libertad. Hay afiliaciones que sofocan, compañías donde es fácil entrar y casi imposible salir. No es así la Iglesia del Señor, no es así la compañía de sus discípulos. Quien es

salvado, dice Jesús, “entra, sale y encuentra su alimento”. Todos buscamos protección, descanso y cuidado: la puerta de la Iglesia está abierta. No para desentendernos de la vida; la vida no se agota en la parroquia, en la asociación, en el movimiento ni en el grupo. Quien es salvado “sale y encuentra su alimento”.

Queridos hermanos, salgan y encuéntrense con la cultura, con la gente, con la vida. Admiren aquello que Dios hace crecer sin que nosotros lo hayamos sembrado. Aquellos para quienes serán sacerdotes –fieles laicos y familias, jóvenes y ancianos, niños y enfermos– habitan praderas que ustedes deben conocer. A veces les parecerá que no tienen los mapas; pero los posee el Buen Pastor, del que tienen que escuchar su voz, tan familiar. ¡Cuántas personas hoy se sienten perdidas! A muchos les parece que ya no pueden orientarse. No hay entonces testimonio más hermoso de aquel que confía: «Él me hace descansar en verdes praderas, me conduce a las aguas tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el recto sendero, por amor de su Nombre» (Sal 23,2-3). Su nombre es Jesús, “Dios salva”. Ustedes son testigos de esto. «Tu bondad y tu gracia me acompañan a lo largo de mi vida» (v. 6). Hermanos, hermanas, queridos jóvenes: ¡que así sea!

REGINA CAELI

Plaza de San Pedro. IV Domingo de Pascua, 26 de abril de 2026

Que todo uso de la energía atómica esté al servicio de la paz

Hermanos y hermanas, ¡buenos días y feliz domingo!

Al continuar nuestro camino por el tiempo pascual, el Evangelio de hoy nos presenta las palabras de Jesús, que se compara con un pastor y luego con la puerta del redil (cf. Jn 10,1-10).

Jesús contrasta al pastor con el ladrón. De hecho, afirma: «Les aseguro que el que no entra por la puerta en el corral de las ovejas, sino que salta por otro lado, es un ladrón y un asaltante» (v. 1).

Y más adelante, de modo aún más claro: «El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir. Pero yo he venido para que las ovejas tengan Vida, y la tengan en abundancia» (v. 10). La diferencia es clara: el pastor tiene un vínculo especial con sus ovejas y, por lo tanto, puede entrar por la puerta del redil; si alguien, en cambio, necesita saltar la cerca, entonces sin duda es un ladrón que quiere robar las ovejas.

Jesús nos dice que está unido a nosotros por una relación de amistad: nos conoce, nos llama por nuestro nombre, nos guía y, como hace un pastor con sus ovejas, viene a buscarnos cuando estamos perdidos y vendar nuestras heridas cuando estamos enfermos (cf. Ez 34,16). Jesús no viene como un ladrón para robarnos la vida y la libertad, sino para guiarnos por el camino correcto. No viene a secuestrar ni a engañar nuestra conciencia, sino a iluminarla con la luz de su sabiduría. No viene como si fuera a contaminar nuestras alegrías terrenales, sino a abrirlas a una felicidad más plena y duradera. Quienes confían en Él no tienen nada que temer; Él no menosprecia nuestra vida, sino que viene a dárnosla en abundancia (cf. v. 10).

Hermanos y hermanas, estamos invitados a reflexionar y, sobre todo, a vigilar nuestros corazones y nuestras vidas, porque quienes entran en ellos pueden multiplicar la alegría o, como un ladrón, pueden robárnosla. Los “ladrones” pueden adoptar muchos rostros: son aquellos que, a pesar de las apariencias, coartan nuestra libertad o no respetan nuestra dignidad; son creencias y prejuicios que nos impiden tener una visión clara de los demás y de la vida; son ideas erróneas que pueden llevarnos a tomar decisiones negativas; son estilos de vida superficiales o consumistas que nos vacían interiormente y nos impulsan a vivir siempre fuera de nosotros mismos. Y no olvidemos tampoco a esos “ladrones” que, saqueando los recursos de la tierra, librando guerras sangrientas o alimentando el mal en cualquiera de sus formas, no hacen más que arrebatarnos a todos la posibilidad de un futuro de paz y serenidad.

Podemos preguntarnos: ¿quién queremos que

guíe nuestras vidas? ¿Quiénes son los “ladrones” que han intentado entrar en nuestro interior? ¿Lo han logrado, o hemos podido rechazarlos?

Hoy el Evangelio nos invita a confiar en el Señor: Él no viene a robarnos nada; al contrario, es el Buen Pastor, que multiplica la vida y nos la ofrece en abundancia. Que la Virgen María nos acompañe siempre en nuestro camino e interceda por nosotros y por el mundo entero.

Palabras después del Regina Coeli

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy se conmemora el 40º aniversario del trágico accidente de Chernóbil, que marcó la conciencia de la humanidad. Este hecho sigue siendo una advertencia sobre los riesgos inherentes al uso de tecnologías cada vez más potentes. Encomendamos a la misericordia de Dios las víctimas y aquellos que aún sufren las consecuencias. Espero que, en la toma de decisiones a todos los niveles, prevalezcan siempre el discernimiento y la responsabilidad, para que todo uso de la energía atómica esté al servicio de la vida y la paz.

Y ahora me dirijo a ustedes, romanos y peregrinos de diversos países: ¡bienvenidos!

Saludo a los Caballeros y Damas de la Orden de San Jorge, Orden Europea de la Casa de Habsburgo-Lorena. Saludo a los niños del grupo de danza “Malva”, de Brovary, Ucrania; al Coro Cantica Sacra de la Arquidiócesis de Trnava, Eslovaquia; a los fieles de Viena, Madrid y las Islas Canarias; y a los directores y profesores del Colegio “São Tomás” de Lisboa.

Saludo al numeroso grupo de jóvenes de Val Camonica (Diócesis de Brescia) y a los jóvenes monaguillos de Biadene y Caonada; así como a los fieles de Treviso, Vicenza, Crotone y Cariati, Oria y Lecce; y a los participantes en el congreso de la Asociación Apóstoles de la Divina Misericordia.

Un saludo especial a las familias y amigos de los nuevos sacerdotes de la Diócesis de Roma, a quienes ordené esta mañana en la Basílica de San Pedro: acompañen siempre con sus oraciones a estos jóvenes ministros del Evangelio.

Les deseo a todos un feliz domingo.



